

Fernando Prado Ayuso (ed.)

TEJER HISTORIAS

Comunicar esperanza
en tiempos de pandemia



Fernando Prado Ayuso (ed.)

TEJER HISTORIAS

Comunicar esperanza
en tiempos de pandemia



PUBLICACIONES
CLARETIANAS



Téjer historias

© Publicaciones Claretianas, 2020

Con la colaboración de la Fundación Crónica Blanca

Diseño de cubierta: Verónica Navarro

Edición: Ruth Guerrero

Juan Álvarez Mendizábal, 65 dpdo., 3º

28008 Madrid

Tel.: 915 401 267

Fax: 915 400 066

<http://www.publicacionesclaretianas.com>

Correo-e: publicaciones@publicacionesclaretianas.com

comercial@publicacionesclaretianas.com

ISBN: 978-84-7966-716-0

Depósito Legal: En trámite.

PRÓLOGO

Sin atormentarme demasiado, el Miércoles de Ceniza escuché en boca de un sacerdote una idea que, sin duda, podía estimular mi itinerario de preparación para la Pascua. El cura se había referido en su homilía a que nadie nos pedirá cuentas del mal que no hicimos o del bien que no pudimos hacer. Sin embargo –decía él– como creyentes sí se nos pedirán cuentas del mal real que hicimos, del que aun pudiéndolo evitar no evitamos o de no haber hecho todo el bien que pudimos hacer. Días más tarde, de forma inesperada e inminente, irrumpió la crisis del dichoso *coronavirus*. La Cuaresma se transformó inmediatamente en una verdadera cuarentena que puso patas arriba nuestras vidas y nuestras agendas. Una pandemia de dimensiones bíblicas nos había pillado, como a las vírgenes necias del Evangelio, desprovistos del aceite necesario. La cosa iba para largo.

Así, en medio de esta emergencia de consecuencias impredecibles, me preguntaba en pleno confinamiento forzoso si podría hacer algo

más que lo que nos proponían las autoridades. Después de siglos de luces y avances científicos —aunque suene a broma—, no parecen saber darnos mayor solución que la de usar más el jabón de manos para evitar el contagio, armarnos de altas dosis de paciencia e imaginación durante el enclaustramiento y esperar a que pase. La misma fórmula que utilizaron las abuelas de nuestras bisabuelas para luchar contra la viruela. Me propuse entonces intentar vivir esta extraña Cuaresma lo mejor posible y hacer algo bueno que fuera más allá de lo mandado.

Enseguida detecté que, debajo de tanta avidez de noticias, inusitada excitación, crítica amarga, memes y vídeos ingeniosos, se escondían, tal vez como mecanismo de defensa, el miedo, el sentimiento de fragilidad y la inseguridad que la grave situación de crisis estaba provocando en nosotros. De ahí nace la idea de este libro. Sin alejarnos de la crudeza y del realismo de la situación, quizá unas historias bien tejidas pudieran ayudarnos a encontrar motivaciones para afrontar la letal amenaza de la desesperanza que, como siempre, asoma en situaciones de crisis. Porque una crisis siempre desafía la esperanza.

Algo positivo había que hacer y yo quería poner mi granito de arena. Como editor de libros se me ocurrió buscar la colaboración de una treintena de periodistas de los buenos, de esos que «saben lo que se cuece», y saben contarlo, para

«armar» un libro. Ellos, que saben tejer historias buenas de verdad y captar lo mejor de nuestro corazón humano, son verdaderamente capaces de poner una pizca de esperanza en este histórico momento. No nos viene mal.

Estos colegas periodistas saben comunicar esperanza porque la tienen. Son de los que saben bien que detrás de los números de muertos y afectados, detrás de los incomprensibles índices macroeconómicos y de los vaivenes bursátiles, hay familias y seres de carne y hueso. Personas que sufren, sueñan, viven y sienten. ¡No son números, son personas! ¡Somos personas! Todos son comunicadores «de raza» y conozco bien la pasión que les habita. Con su aportación y su plural sensibilidad saldría, sin duda, un buen libro. Un libro capaz de ayudarnos a levantar un poco la mirada por encima de los fríos datos y el gris escenario que, día tras día, se nos cuele por las pantallas amenazando con minar nuestra esperanza.

Mi amigo Manuel María Bru, *alma mater* de la Fundación Crónica Blanca y maestro de periodistas, participaría personalmente y me ayudaría a completar el elenco de autores para el proyecto. Enseguida nos pusimos manos a la obra y conseguimos un libro de calidad en tiempo récord. Los autores respondieron como siempre, con una generosidad admirable. No puedo sino agradecer su disponibilidad y su real esfuerzo. Era Viernes de Dolores. La idea era que el Domingo de Pas-

cua el libro circulara viralmente, como una pandemia de Esperanza, como un rumor de Resurrección. En todas y cada una de las historias de este libro resuenan, discretamente, las palabras de Aquel que vive y camina siempre con nosotros, misteriosa y sigilosamente, en nuestra Galilea de cada día.

El escritor Stefan Zweig concluye su novela *Mendel el de los libros*, creo recordar, diciendo algo así como que los libros solo se escriben para unir a los seres humanos y defendernos frente a la fugacidad y el olvido. Esa es también, de alguna manera, la humilde pretensión de esta obra coral: tomar nueva conciencia de esa gran fraternidad que nos une como seres humanos y ayudar a extraer, de lo que estamos viviendo, la consiguiente sabiduría. La historia es maestra de la vida y nos ayudará a no olvidar. No podemos olvidar. No debemos olvidar. No queremos olvidar.

El futuro, lo sabemos, se escribe siempre sobre las raíces y la sabiduría destilada del pasado. Tanto sufrimiento vivido y tanta heroicidad anónima no pueden quedar en el olvido, sino que deberían convertirse en oportunidad de oro para ayudarnos a madurar y alumbrar un mundo nuevo desde lo que estamos redescubriendo estos días. Un mundo en el que de verdad rescatemos lo más importante que tenemos: nuestra propia humanidad, nuestro mejor modo de concebir la vida y las relaciones. ¿Seremos capaces?

Estamos viviendo un momento histórico del que mañana hablarán los libros, como lo hacen de otras pestes o pandemias que hemos vivido en la historia de la humanidad. Ojalá los libros (¡y los bancos de datos!) recojan también la información de esta otra epidemia, igualmente real, que se ha desatado en esta ocasión. Me refiero a la epidemia de ternura, de compasión y esperanza que nos está contagiando a todos y nos está haciendo mejores. Sobre esta base se alumbrará y se fraguará ese mundo nuevo.

Este libro quiere ser una humilde contribución a ello. Entre sus páginas encontrarás historias y palabras que comunican esperanza. Palabras que, sin duda, sacan a la luz la verdad de la maravilla que somos los seres humanos. Una verdad que muchas veces, sumergidos en la prisa, nos pasa desapercibida incluso a nosotros mismos. Esa grandeza se hace ver especialmente estos días en todos los que, sin otro horizonte que la esperanza, siembran lo poco o mucho que pueden para que un día podamos volver a abrazarnos.

Los creyentes, igualmente desafiados en la esperanza, confiamos en que en todo esto Dios está por medio. Por eso decimos que la Esperanza es una virtud teologal. Ojalá muchos pudieran compender existencialmente esta gran verdad que sostiene nuestra vida. Sin que hayamos hecho nada por merecerlo, el cielo nos ha bendecido con la suerte de tener ese mágico resorte que

se activa con la memoria y nos recuerda la gozosa promesa que también hoy nos repite el Resucitado: «Sabed –y no olvidéis– que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Fernando Prado Ayuso, CMF
Publicaciones Claretianas

NOS TOPAMOS CON EL MISTERIO

Manuel María Bru Alonso

Presidente de la Fundación Crónica Blanca

«Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que nos narran el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, sentimos toda nuestra incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror y de impotencia?» (Papa Francisco).

En mis clases de periodismo en la Universidad, al tratar los temas siempre polémicos sobre la distinción entre información y opinión, suelo decirles que, para aquellos que demandan de los profesionales del periodismo información, porque tienen derecho (de los fundamentales) a estar informados, no les basta, en las noticias importantes, saber sólo el *qué* (pasa), el *quién* (hace que pase o sufre sus consecuencias), el *cuándo* y el *dónde* (pasa lo que pasa), y el *cómo* (esta pasando). Es decir, las famosas *cinco Q* anglosajonas de la noticia en el periodismo moderno.

Reconociendo que lo del *cómo* ya es bastante complejo, porque ningún relator de un acontecimiento puede agotar esta información y cada uno hará jerarquías diferentes de sus aspectos, lo cierto es que, aun así, con responder a estas

preguntas (con perdón para los padres del periodismo moderno), no se sacia el verdadero interés de la noticia, sobre todo cuando la noticia tiene repercusiones tangibles para gran parte de la sociedad y, por tanto, de la audiencia potencial de su información. Es el caso de la información para los ciudadanos de los países que están en guerra o que sufren una crisis, ya sea económica, social o política de gran magnitud; o, como estamos viviendo ahora, una pandemia en la que incluso se funden en una la información de servicio (el manual de instrucciones para saber manejar esa información), con la información de los hechos (los datos, los retrocesos, los avances, los problemas, las soluciones, etc...).

Por eso las *cinco Q* de la noticia del periodismo moderno no satisfacen a nadie, a no ser que pasemos de cinco a siete, añadiendo dos preguntas intencionalmente informativas (lo son, en su esencia, antes de ser opiniones), sobre *por qué* y *para qué* lo que está pasando. Y si responder a estas preguntas es hartó complejo, y si además, al hacerlo, nos van a decir que mezclamos información con opinión, y no las afrontamos, el periodismo languidece por aquello por lo que corre el riesgo de dejar de serlo: por eludir la realidad, la cruda realidad, que a la postre en toda información siempre es el drama humano que representa.

Entonces, en medio de tantas informaciones sobre lo que nos está pasando, cuando vivimos

una situación imprevisible e inimaginable, que desborda la misma ficción (la realidad siempre la supera), las dichas dos preguntas son las que todos, en un momento u otro, nos hacemos desde lo más profundo de nuestro ser: *por qué* está pasando esto, y *para qué* está pasando. Y aquí, es evidente (ocurre siempre, con cualquier acontecimiento, pero en este caso ocurre de modo insoslayable), nos topamos con el Misterio.

Sí. Nos topamos con el Misterio. Con el misterio de la vida. Con el misterio del sentido de la vida. ¿Quién se atreve a hablar de eso en estos días? Y como la misión del buen comunicador es también la de dar esperanza, la de animar a la sociedad a tomar conciencia de su humanidad, a no dejarse vencer por los infortunios, estas dichas preguntas le atañen al comunicador, al menos al buen comunicador, lo quiera o no. Pero, ¿no ocurre también ahora, como tantas veces, que se difunde una especie de optimismo melifluo, voluntarista, e impostado? Recurrir a lugares comunes, en estos casos, aunque reflejen buenas ideas, no consuela, sino que más bien aleja. Porque el drama está ahí y millones de personas lo están viviendo.

Tal vez solo podamos intentar responder a estas preguntas poniendo en juego el supremo arte del comunicador: convertir la palabra en silencio, y el silencio en palabra.

En la palabra, el silencio, tal y como proponía a los comunicadores Benedicto XVI:

«En el complejo y variado mundo de la comunicación emerge la preocupación de muchos hacia las preguntas últimas de la existencia humana: ¿quién soy yo?, ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar? Es importante acoger a las personas que se formulan estas preguntas abriendo la posibilidad de un diálogo profundo, hecho de palabras, de intercambio, pero también de una invitación a la reflexión y al silencio que, a veces, puede ser más elocuente que una respuesta apresurada y que permite a quien se interroga entrar en lo más recóndito de sí mismo y abrirse al camino de respuesta que Dios ha escrito en el corazón humano».

Y en el silencio, la Palabra, tal y como nos propone el papa Francisco: «Os recuerdo que vuestra profesión, además de informativa, es formativa; es un servicio público, es decir, un servicio al bien común. Un servicio a la verdad, un servicio a la bondad, y un servicio a la belleza». Y como yo también quiero unirme a este coro de comunicadores que quieren comunicar esperanza, creo modestamente hacerlo siguiendo esta propuesta del Papa: ¿cómo comunicar esperanza sirviendo a la verdad, sirviendo a la bondad y sirviendo a la belleza?

Busquemos juntos la esperanza en la bondad real, no en el moralismo político (el positivismo jurídico en esta situación se eleva a positivismo ético, es decir, a una ética predicada, pero no sus-

citada, normativamente buena, pero no fundamentada). Busquemos juntos la esperanza en la belleza real, no en una belleza irreal y cosmética (no recurriendo a las imágenes de ayer, sino buscando la impresionante belleza que se esconde en el dolor, en la compasión e incluso en la muerte).

Pero, sobre todo, busquemos juntos la esperanza en la verdad real, no en el optimismo ideal. Claro que nos da esperanza cuando vemos que la acción responsable de la ciudadanía, el ejemplar y heroico trabajo de los profesionales de la ciencia y de la medicina y la coordinación de la autoridad pública de todos los resortes sociales tienen como fruto un cambio de tendencia de la epidemia que nos permite vislumbrar la luz al final de túnel.

Pero hay otro tipo de esperanza que esta verdad nunca podrá sustituir. Lo expresó magníficamente Víctor Frankl en una situación aún peor, en el campo de concentración de Auschwitz:

«La máxima preocupación de los prisioneros se resumía en una pregunta: ¿sobreviviremos al campo de concentración? De lo contrario, todos esos sufrimientos carecerían de sentido. La pregunta que a mí, personalmente, me angustiaba era esta otra: ¿tiene algún sentido todo este sufrimiento, todas estas muertes? Si carecen de sentido, entonces tampoco lo tiene sobrevivir al internamiento.

Una vida cuyo último y único sentido consistiera en superarla o sucumbir, una vida, por tanto,

cuyo sentido dependiera, en última instancia, de la casualidad, no merecería en absoluto la pena de ser vivida».

O encontramos la esperanza en una verdad que responda a un sentido trascendente de la vida o entonces pasajera será la verdad, y vana será la esperanza.

LA CRISIS DEL PAPEL HIGIÉNICO

(MANUAL DE SUPERVIVENCIA)

Cristina López Schlichting

Periodista «COPE»

1. *La mano dominante*

Hasta la llegada del *coronavirus* creías tener dos manos iguales. Error. La epidemia te reveló el valor de la mano casi yerta, poco usada, torpe (normalmente la izquierda), que resultó indispensable para toda tarea peligrosa. A saber: abrir picaportes, manejar grifos y tocar las superficies muy transitadas por otros, donde el virus letal podía quedar agazapado durante días. La mano dominante quedó para las rutinas ordinarias. De este modo, se reducía la posibilidad de contagiarse, porque la mano «tonta» rara vez se lleva a la cara, la boca, los ojos ¡los orificios peligrosos!

2. *La misa en el bolsillo*

Los espacios se reeditaron y triunfó la arquitectura efímera. El pasillo fue pista de deporte. El baño, sala de videoconferencia. La terraza, polideportivo y tribuna. Y en todos ellos usamos los autoservicios: el vídeo nos permitió visitar parques nacionales, museos y conciertos; el chat, socializar; la videoconferencia, teletrabajar y el cura en *streaming*, mantener el espíritu

vital. Omnipresente, el cura: laudes, vísperas y completas grabadas; misa en directo, a gusto del consumidor –desde todos los puntos del globo, a cualquier hora, en distintos idiomas– y todo tipo de invocaciones, oraciones y pláticas, con encomendación general o específica, comunitaria o particular, para un día o para la eternidad.

3. Hacer el pan

Porque regresamos a la cocina primigenia. No la de la abuela, no. La de la bisabuela. ¡Que ibas al supermercado y faltaban cosas –por agotadas– que jamás se habían vendido: levaduras, aromas, especias, espesantes, gelatinas...! Se volvió a amasar pan, se recuperó la cocina ancestral, se hicieron mermeladas y conservas. Algún día se estudiará la influencia del *coronavirus* en la gastronomía doméstica nacional.

4. El humor como filosofía

Cómo nos hemos reído los españoles en este tiempo. Qué sabiduría sana nos ha llevado a prorrumpir en carcajadas en mitad del miedo y el dolor. Cada episodio ha tenido su oleada de memes, viñetas, vídeos hilarantes, composiciones musicales varias. La crisis del papel higiénico...el zoo doméstico de pseudomascotas... las mascarillas artesanales... los shows a las ocho, cuando aplaudíamos a los sanitarios... los respiradores de buceo... los pasatiempos inverosímiles... las tonterías del portavoz del Gobierno... el timo

chino en la compra de material sanitario... las reacciones de los críos... qué *jartá* de reír, por favor. España ha sacado fuerza del sentido del humor más refinado, como Quevedo y Cervantes, como Cela y Jardiel, como Rafael Azona, Forqué o Almodóvar. Cada época mala de España tiene su trasunto en novela, versos, teatro o cine cómicos. Y otra vez floreció el ingenio, el que demuestra la grandeza de los que se ríen de sí mismos en plena tragedia. Como para no reírse.

5. La exaltación de la lejía y el alcohol

Nada más temible que una madre española armada de una bayeta con lejía. El agente cáustico ha vivido tiempos gloriosos. En recipientes a la entrada de casa –para desinfectar los zapatos al llegar– o en aerosol, para rociar los envases de los productos comprados en el súper, la lejía ha llegado, incluso, a olernos como a nuestras madres: bien. El alcohol, por su parte, agotado en las farmacias, impregnó los volantes de los coches, picaportes y tiradores y nos desolló las manos. Minuciosamente.

6. Y la extravagancia

Porque hemos hecho lo que nunca hicimos. Raparnos el pelo, teñírnoslo de azul (total, no lo veía nadie...), protagonizar grabaciones asombrosas, incorporar a los ancianos a la videoconferencia, seguir tutoriales imposibles (veganismo, *mindfulness*, yoga, contorsionismo), neurotizarse.

nos con la limpieza doméstica (hasta fregar los techos), reconciliarnos con el cuñado, ver por televisión al presidente una vez por semana, tomar el sol bajo una ventana...

Nunca, nunca lo olvidaremos. Lo que nuestros ojos han visto y nuestras manos han tocado lo contaremos a las nuevas generaciones.

EL TESTIMONIO CONTAGIA

José Lorenzo López

Redactor Jefe de la revista «Vida Nueva»

El Viernes de Dolores, los medios de comunicación recibían alborozados la noticia del aterrizaje en Madrid del avión fletado por Alemania con un cargamento de cincuenta respiradores donados por nuestro socio europeo. Con las *ucis* al borde del colapso y los médicos obligados a tomar decisiones que no se plantearían en condiciones normales, aquellos aparatos portaban no solo un gesto de solidaridad, muy de agradecer en tiempos del «sálvese quien pueda», sino de esperanza para medio centenar de enfermos en situación crítica. Aunque, al igual que las mascarillas y los equipos de protección individual para sanitarios y resto de personal que luchaban en la línea de frente que se extendía por el país, la cantidad de respiradores era muy insuficiente. Pero era un gesto.

Prácticamente a la misma hora, la diócesis de Albacete anunciaba con gozo contenido, porque se sigue pensando que lo que hace tu mano derecha... bueno, ya saben, anunciaba, como les decía, que había podido comprar un quinto res-

pirador para el Hospital Universitario de Albacete, desarbolado de material y personal por la pandemia y con un pedido oficial del gobierno autonómico retenido por las autoridades turcas por cuestiones que, a la luz de estas situaciones, resultan ser directamente mezquinas.

Con sus templos cerrados y su gente confinada, la Iglesia albaceteña, sin embargo, como la de todo el país, no cerró ojos ni oídos al sufrimiento de los hermanos y se puso en contacto con el hospital. Tenía «gente» dentro. Cristianos de a pie, sencillos y comprometidos, que, como en los primeros tiempos, pasan desapercibidos para una mayoría que empieza a mirar con la altivez del que solo cree en sí mismo.

Con una rapidez inusitada y con el apoyo de las 18 parroquias de la ciudad, reunieron una cifra nada desdeñable, 188.000 euros, y con los contactos oportunos, compraron a tocateja los respiradores. «Todo es poco si podemos ayudar a salvar cinco vidas y les evitamos a los médicos tomar cinco decisiones moralmente tremendas», me decía el vicario general casi en un susurro, avergonzado de contar algo que parece una obiedad.

Pensé que Rosa Montero tampoco se habría enterado de esta noticia y seguiría convencida de que la Iglesia se está lavando las manos y no solo como prevención en esta pandemia, simple-

mente porque esta noticia no tuvo eco, o mucho menos de lo que se merecía, porque si los 50 respiradores alemanes abrieron telediaris, los cinco de un obispado y las parroquias de una ciudad de 180.000 habitantes, merecerían algún comentario. Pero no fue así. Y proporcionalmente, por habitantes y esfuerzo económico, está muy claro quién hizo más sacrificios. Quizás habría que plantearse cómo comunicamos. Pero no es este el lugar. Ahora se trata de comunicar esperanza.

En todo caso, me resulta sospechosamente misterioso que casi no aparezca en los medios la movilización que la Iglesia ha hecho de sus recursos, materiales y humanos, para luchar contra esta crisis sanitaria. Las diócesis han ofrecido más de un millar de habitaciones, ya sea en seminarios, centros educativos o casas de espiritualidad. También ha sido la entidad que ha denunciado la situación en la que se encuentran los «sin techo» (a muchos de los cuales ha acogido) o de los inmigrantes irregulares olvidados por todos en los campamentos de temporeros en Huelva, Almería o Murcia.

«No nos persiguen, pero no nos quieren». Así, con esa contundencia tan suya, definió un día don Fernando Sebastián la peculiar secularización de la sociedad española, con resabios que no se dan en otras de nuestro entorno europeo. Sabido es que la cosa viene de lejos. No, no, de más allá. Ahora que ya sabemos lo que es una

peste, entendemos mejor cómo la Iglesia, para protegerse y proteger a los fieles, encaló tantos templos. No pocas joyas románicas y góticas han aparecido tras una capa de pintura. Para combatir la peste se taparon aquellas imágenes de trazo sencillo que constituían el principal alimento para la fe de unos fieles también sencillos. Luego vino la artificiosidad, la pomposidad y la prepotencia. Y seguimos pagando las consecuencias *estéticas*.

Hoy la esperanza se sigue comunicando de manera sencilla y por la gente sencilla. Nada contagia más que el testimonio. «La vida que no sirva, no sirve», acaba de decir el Papa en el Domingo de Ramos más raro de nuestras vidas. Y esta sociedad, también prepotente y presuntuosa, que es capaz de emocionarse con el testimonio de quienes combaten la pandemia en hospitales, calles, residencias y supermercados, no es inmune al contagio del amor. A veces, desde nuestras trincheras, no nos lo parece, pero es así.

Lo saben muy bien incluso en lo más recóndito de los muros que custodian la vida contemplativa, una vida perdida para muchos de esa sociedad del bienestar inmediato. «Francisca, no te achiques», oyó que le decía sor Clara. Me lo contaba, deslomada de coser mascarillas y material para los hospitales de Granada, la propia sor Francisca, clarisa de Alhama de Granada. Desde que murió la abadesa, hace medio año, esta reli-

giosa de 83 siente el empuje y el vigor de la compañera muy presente. Una entrega que, en su día, hizo su testimonio vital *viral*, hasta el punto de que hoy, con la pequeña y pizpireta Clara muy en la memoria agradecida de muchos, dentro y fuera del pueblo, alguien, desde un hospital, llamó al monasterio para, en nombre de la fallecida, pedir ayuda. «Necesitamos mascarillas, por favor». Desde otro lugar, otra llamada. «Necesitamos que se pongan a coser». Y sor Francisca, que ya tiene una edad, tiró de Clara. «Francisca, no te achiques», le dijo. Y no lo hace.

Moviliza al pueblo, llama a una vecina que hace «trajes de gitana», luego a la asociación de vecinos. Nadie les puede negar nada. Ellas sí son la reserva espiritual de un pueblo. Llega el material, se sube a los pisos, junto con los «patrones», por medio de cestos atados a cuerdas, para no contagiarse, y el pueblo se pone a respirar al unísono para llevar aire a quien se está ahogando. «Acabamos de empaquetar el envío de 560 batas para los médicos», me dice sor Francisca, que llama para ver cómo estoy yo, que estoy mano sobre mano, pensando qué le voy a escribir a Fernando Prado. «Ahora voy a hacer la comida para las hermanas, que aún se quedan doblando más ropa, y luego seguimos».

Y ahí siguen, contagiando testimonio. Comunicando esperanza. Sencillamente.

MIRAD LAS AVES DEL CIELO

María Ángeles Fernández Muñoz
*Directora de «Últimas preguntas», «Frontera»
y «Buena Nueva» (RTVE)*

Es sábado, 4 de abril. 08:20 a.m.

El calendario del ordenador me recuerda que mañana es Domingo de Ramos. Ya lo sabía, pero aun así le agradezco a la aplicación que me mande la notificación, porque después de tres semanas sin salir de casa y con unas jornadas que se parecen mucho a las anteriores y a las que están por venir, no puedo asegurar que en algún momento no sepa muy bien qué día nos toca vivir.

De pronto viene a mi mente una conversación que tuve ayer con mi hija pequeña provocada por sus cinco deliciosos años:

—Mamá, cuando pase el *coronavirus*, tenemos que ir al zoo.

—Claro —le respondí, quizá sin apartar demasiado la mirada de los correos electrónicos que estaba contestando en ese momento—. Y veremos a los osos panda, las jirafas, los monos...

—¡Y unicornios, seguro que veremos también a los unicornios! —dijo ella abriendo aún más sus enormes ojos grises.

Prestándole ya más atención, le pregunté:

—¿Tú crees que veremos unicornios?

—¡Seguro, porque tú me ayudarás a encontrarlos!

Sigue siendo sábado, 4 de abril. Pero ya son las 08:25 a.m.

Enseguida me pondré a ver o a escuchar las noticias que me devolverán a la cruda realidad que en estos días se escribe en forma de cifras: las que fríamente nos dan el parte de las personas que han fallecido a causa de la covid-19, de aquellas que se han contagiado y de unas pocas que, felizmente, se han curado. Seguiremos pendientes de la llegada de mascarillas y respiradores y estaremos atentos a nuevas medidas sanitarias, sociales o económicas que habremos de incorporar a este nuevo escenario en el que nos estamos moviendo. Mientras mi mente corre inquieta a divagar cómo será nuestra vida dentro de unos meses, qué pasará con la economía, cómo estará el mundo cuando volvamos a cruzar el umbral de nuestros hogares, mi corazón se encoge. Pero, de pronto, vuelvo al momento presente y me ocupo de lo que, para mí, es más urgente ahora: «¿Cómo estarán mis padres? ¿Habrán pasado buena noche? ¿Todo seguirá estando bien?»

La situación actual *nos tiene en un jay!*, como dice un buen amigo mío. Pero ahí están ellos.

Me refiero a los pájaros, que justo ahora se han puesto a cantar tan tranquilos, como si no pasara nada. Me asomo a la ventana y allí los tengo, en el balcón de la casa deshabitada de enfrente, como siempre... De pronto recuerdo el versículo de san Mateo:

«Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?».

«... y vuestro Padre celestial las alimenta.»

Resuenan una y otra vez estas palabras en mi cabeza mientras los pájaros siguen cantando y revoloteando. ¿Será que no me tengo que preocupar?

Busco en el teléfono un tuit que escribió hace unos días una médico que lleva semanas desgastándose por remediar la situación de los enfermos que tiene a su cargo en un hospital de Madrid. Es la doctora Amaya Palomo; la conocí hace un año en una entrevista en la que me contaba los asuntos a los que se iba a dedicar ese verano y que tenían que ver con un programa sanitario de las Hijas de la Caridad en Angola. Voy a transcribir el tuit:

«Hoy recordaba cuando mi abuela ayudaba en la iglesia y le preocupaba llevar al Santísimo del Sagrario al altar porque estaba lejos y pensaba que podía marearse (se caía redonda). Yo le dije que al abrir el Sagrario le dijera al Señor que Él vería, pero que si se mareaba, se caían los dos.

Le hizo mucha gracia y me contó que lo hacía todas las veces. A día de hoy yo tengo mi versión, cuando empiezo el día le digo al Señor, si yo caigo, por la covid-19 o por agotamiento, caemos los dos, porque al fin y al cabo yo soy sus manos, y aquí sigo, aguantando».

Si mi hija tiene la esperanza, porque confía absolutamente en mí, de que cuando pase el *coronavirus* yo la voy a ayudar a encontrar unicornios, ¿acaso me puedo yo permitir pensar que Dios, que es mi Padre y tu Padre, nos va a dejar caer?

Sábado, 4 de abril. 09:10 a.m. Víspera del Domingo de Ramos. En poco más de una semana estaremos celebrando la Pascua.

Es de nuevo Mateo quien nos recuerda las palabras de Jesús:

«Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los Cielos».

Voy a preparar el desayuno y a esperar impaciente a que se levanten mis hijas. Con María, la pequeña, seguiremos tramando cómo hacer para encontrar unicornios y Sara, ya adolescente, nos recordará con su serenidad y su envidiable actitud para vivir el momento presente, que, en Sus manos, todo está bien.

EL VIRUS DE CERCA

Antonio Pelayo

Corresponsal en Roma de «Antena 3» y «Vida Nueva»

Son las seis de la tarde de un día a mitad del mes de marzo. Estoy «recluido» en mi casa leyendo. Suena el teléfono. Descuelgo. Al otro lado siento una voz quebrada, apesadumbrada. «¿Puedes hablar?», me pregunta. Mi respuesta inmediata es: «Sí, por supuesto». «Soy G. (omito el nombre para respetar su privacidad). Estoy ingresado en el Gemelli, creo que estoy contagiado por el *coronavirus*». Me quedo pasmado, sin saber qué decir. A finales de febrero nos habíamos encontrado y, como otras veces, habíamos hablado de nuestros comunes afanes profesionales. En la conversación me contó que tenía planeado viajar a España para descansar algunos días y entrevistar a un par de personalidades. Le animé, pero también le comenté: «Bueno, a ver si las circunstancias te lo permiten».

G. es un periodista italiano que no ha cumplido aún los cuarenta y desde que nos conocemos no había sufrido enfermedad alguna, salvo los habituales catarros y otras complicaciones menores. Volviendo a nuestra conversación le dije: «Ya

comprendes que no me van a dejar ir a verte». «Claro —me respondió—, tampoco a mis padres ni a mi *fidanzata* [novia]». Quedamos en que me tendría al corriente de la evolución de su contagio. Dos días después no había recibido llamada alguna y, con mi móvil, marqué su número. Por respuesta tuve la habitual banda sonora que me anunciaba que el número que había marcado estaba fuera de cobertura. Lo mismo sucedió durante varios días. Mi inquietud iba creciendo por momentos. Llamé a su redacción y una secretaria me informó que sabían que mi amigo estaba ingresado, pero que las pocas noticias que habían podido obtener no eran malas.

Una semana más tarde, poco después de las nueve de la mañana, mi teléfono volvió a sonar y era él. Su voz había ganado tono, pero era fácil adivinar que todavía estaba como noqueado. «Estoy mejor —me dijo—; me han bajado a planta y, si las cosas no se complican, tal vez me dejen salir dentro de una semana». No pude contenerme y le dije: «¿Ves?, las oraciones sirven para algo aunque sean tan pobres como las mías y no siempre surtan el efecto que esperamos. Me alegro infinitamente de la buena noticia que me has dado. ¿Puedo llamarte?». «Sí —me confesó— lo necesito».

Pasaron algunos días más y en nuestros breves diálogos se confirmó su mejoría hasta que llegó la curación y pudo regresar a su casa en el barrio de Prati, no lejos de donde elaboro mis

crónicas de televisión. Dejé pasar 72 horas y fui a visitarle (con mascarilla y guantes, lo reconozco). Era otra persona. No sólo había envejecido físicamente sino que su interior había sufrido enormes transformaciones. «Antonio —casi me susurró en el lecho desde el que, tumbado, me hablaba—, ha sido muy duro. Creí que me iba. Mi angustia iba creciendo al compás de mis dolores, de las dificultades para respirar, del dolor de un cuerpo magullado por los cuatro costados. Pero he tenido suerte; mi fe no ha vacilado y he salido vencedor, convencido además de que mi vida ya no puede ni debe ser la misma. Si quieres, llámalo conversión».

No le he vuelto a ver, pero seguimos hablando por teléfono y por mensajería electrónica (ha recuperado el uso de su ordenador, del que antes no se separaba ni de noche ni de día). Está en camino de ser un hombre nuevo.

Me he permitido contar esta, que no es más que una de las miles de historias desde que la covid-19 dio su primer zarpazo en Italia. Muchas de ellas han acabado con una esquela en el periódico. Otras, como la de G., son una victoria ganada por un equipo excepcional de hombres y mujeres (médicos, personal de enfermería, celadores, asistentes, investigadores, etc.) que se han entregado con pasión a la tarea de rescatar vidas humanas de la epidemia asesina. Corriendo ellos

mismos el riesgo de ser atrapados por el *coronavirus*, como ha sucedido en numerosos casos.

Como las cifras de esta pandemia son cada día asombrosa y terriblemente altas, corremos el peligro, como ha señalado el papa Francisco, de considerar a los enfermos y a los fallecidos como simples números. Pero detrás de cada caso hay una vida humana, un individuo con su identidad, su proyecto de vida, sus lazos afectivos y sociales, sus vivencias religiosas. Y los que, por ahora y gracias a Dios, podemos considerarnos indemnes ante dicha amenaza no debemos permitirnos asistir indiferentes a esos innumerables dramas. Y no ser indiferentes significa ser activos en la lucha contra la enfermedad: cumpliendo a rajatabla las órdenes que se nos dan y acompañando a los que de una u otra forma han caído en sus redes con gestos y signos de cercanía, de afecto, de solidaridad.

Si lo hacemos, cuando todo esto acabe —que acabará—, seremos todos un poco mejores cristianos y mejores seres humanos.

VIDAS QUE LLENAN DE ESPERANZA

Marta Santín Palacios

Periodista en «Religión confidencial»

Son las 12 de la mañana. La hora del *Angelus*. Estoy encerrada en casa con mi familia, como todos los españoles y media humanidad. Miro por la ventana y, a la misma hora, todos los días, escucho dos sonidos que me llenan de esperanza.

El primero son las campanas de mi parroquia, que hacen resonar sus sonidos de esperanza, una idea de los obispos españoles para rezar por el fin de esta pandemia y por los enfermos. Después, rezo el *Angelus* y me uno a la oración del papa Francisco para pedir a Dios y a la Virgen que detengan de una vez este virus (le suprimo la corona) y no perder la esperanza.

A la vez, escucho otro sonido que viene del bloque de enfrente, unos vecinos que están llenando de esperanza todo el barrio. Son unos *cracks*. Es una marcha militar interpretada a trompeta, un toque de silencio que se utiliza en funerales y despedidas del ejército. Es preciosa, la verdad.

Mientras escucho esta marcha militar se me caen las lágrimas y me indigno: cómo es que no se pudo prever antes esta pandemia si nos lo estaban advirtiendo desde China...

Mientras suena la trompeta, me acuerdo de tantas personas que están muriendo estos días solas, sin poder despedirse de sus familias y sin que estas puedan abrazar y dar el último adiós a su padre, madre, esposo, esposa, abuela, abuelo.... Eso es lo peor. Yo solo puedo rezar por ellos y llamarles cuando me entero de que algún amigo mío está pasando por este trance para que no pierda la esperanza. Si me pongo en su lugar, me indignaría. ¡Estaría tan enfadada! Después miraría al cielo y pondría mi rabia en manos de Dios.

Los periodistas buscamos la verdad y es nuestra obligación destapar lo que está escondido y lo oculto. Lo periodistas de información religiosa también. Pero estos días ayudan más las historias que transmiten esperanza que las denuncias contra una gestión u otra. No obstante, desde aquí agradezco la labor de mis colegas que, como tantos otros profesionales, están en primera línea de batalla para investigar la verdad y también, cómo no, para contarnos relatos llenos de esperanza.

Estas son las noticias que más se leen estos días, vidas de mujeres y hombres que dan lo mejor de sí mismos. Y entonces me acuerdo de algunas de las historias que he escrito en las últimas

semanas: la de Puri, la enfermera del IFEMA; la del *Resistiré* para Cáritas; la de las religiosas de varias residencias de ancianos; la de la labor de los capellanes de hospitales; la de la entrega de las hermanas del Cottolengo; la de José Manuel, el párroco que no ha cerrado su comedor social; la de Pilar, que se ha quedado viuda con cinco hijos pequeños (su marido fue una de las primeras víctimas de la covid-19); la de sacerdotes que cantan en sus balcones o a las puertas de las parroquias para animar al barrio; la de las religiosas que están y la de la impresionante oración del papa Francisco, solo, bendiciendo al mundo y llenando de esperanza a la humanidad desde la plaza de San Pedro.

Puri es enfermera en el IFEMA. Escribió una carta que se difundió por las redes sociales contando su experiencia. Localicé su teléfono y la llamé. Su testimonio me impresionó. Es matrona de un centro de salud de Madrid y me confesó que, desde el primer momento, quería acudir como voluntaria al IFEMA: «Sentí que Dios me llamaba para estar allí». Fue de las primeras cien voluntarias en acudir a este centro levantado en tres días con la ayuda de la UME (Unidad Militar de Emergencia) del Ejército. Su historia es un canto a la esperanza.

Otro momento que a mí me llena de esperanza cada día: El *Resistiré* de las ocho de la tarde, los aplausos, las sonrisas, el ánimo de los veci-

nos. Me sobrecoge. La canción *Resistiré* del Dúo Dinámico, convertida ahora en el *Resistiré 2020*, una idea de más de 50 artistas para recoger donativos para Cáritas, la ONG de la Iglesia católica que no para de ayudar (como algunas otras ONG que no son la de Iglesia, por supuesto). Gracias.

Y le brindo la canción y los aplausos a mi amiga Bea, médico, y a tantos héroes de su misma profesión. «Es mi trabajo», me dice. Sí, de acuerdo, y tu vocación, aquella que te lleva a dar lo mejor de ti misma. Pero cuánto cansancio, cuánta desolación, cuánta preocupación... Tú también, Bea, ves esta pandemia con ojos de fe y eso te ayuda a no perder la esperanza.

Me acuerdo también de las religiosas del Cottoyengo y de otras residencias de ancianos que, como muchos otros profesionales, están aguantando el tirón. Cuánta tristeza, tantos ancianos solos en sus cuartos sin poder salir. Me alivia pensar que los móviles y las nuevas tecnologías les llenan de esperanza cuando hablan con sus familias y pueden ver sus caras. Y doy las gracias a sus cuidadoras por estar al pie del cañón.

Y me pregunto: ¿cómo conservará la esperanza Pilar, cuyo marido, Guillermo, fue de los primeros en morir por este virus infernal, dejándola viuda y con cinco hijos pequeños? La esperanza es una virtud teologal por la que aspiramos al reino de los Cielos y a la vida eterna como felicidad

nuestra poniendo nuestra confianza en Cristo. Pilar vive de esta virtud, la pone en práctica todos los días y, aunque no está exenta de dolor ni de tristeza, la esperanza es el motor para abrazar cada día a sus hijos y ver el lado bueno de las cosas, por muy difícil que parezca.

Pilar, como mujer y madre, da lo mejor de ella misma, como tantos otros. Este es un mensaje que se difunde mucho en las redes y que comunica esperanza: «Dar lo mejor de uno mismo».

Y yo, como madre, intento crear buen ambiente familiar en casa porque, para los niños y adolescentes, estar encerrados dos meses es muy duro. Buscamos momentos de diversión, risas, juegos en familia. Y si hay algún enfado, (pocos) fruto del cansancio, enseguida lo zanjamos con abrazos, nosotros que podemos abrazarnos. Quién me iba a decir a mí que iba a realizar una videoconferencia con mi hija, que está en Londres, y jugar a un *party* de esos entre todos. Es emocionante.

Y como profesional del periodismo busco historias que comuniquen esperanza en este tiempo de pandemia. Transmitir lo mejor del ser humano.

Es sobrecogedor que el mundo se haya parado. Algunos piensan que es incluso apocalíptico. A mí, como a tantas personas, me ha servido para reafirmarme en valorar lo que de verdad importa:

el amor. Y me siento privilegiada por tanto amor que puedo dar estos días y por el que recibo.

Algunos piensan que esta pandemia va a cambiar nuestro esquema de valores, la forma en la que se rige el mundo. Otros lo dudan. Yo creo que algo ha cambiado en nuestros corazones. Y ese algo debe de llenar de esperanza a la humanidad. Creo que he empleado 19 veces la palabra esperanza y, con esta, 20. No importa, es la virtud de los vencedores.

UN CALDITO Y UNA PATATA

Rodrigo Pinedo Texidor

Director del semanario «Alfa y Omega»

Director de medios del Arzobispado de Madrid

A Carmen Luisa todo el mundo la conoce como *Calu*. Cuando nació hace 37 años, sus padres quisieron rendir homenaje a Carmen, su abuela materna, y a Luis, su abuelo paterno. En ambas familias siempre se habló de forma apasionada de la actualidad y, siendo muy pequeña, ella interiorizó que la política debía estar al servicio del bien común. Aprendió a no dar nada por sentado y a rebatir los argumentos contrarios para fortalecer los suyos. Quizá por eso, al terminar el colegio, se decantó por estudiar Derecho. En 2005 empezó a trabajar en el área de Mercantil de un gran despacho, de esos en los que apenas se ve la luz del sol. Creía que era lo suyo hasta que empezó a frecuentar unas tertulias con gente de la sociedad civil y se descubrió preguntándose: «¿Y si no estoy aprovechando mis talentos para hacer algo más?».

Por una mezcla de contactos y providencia —como le gustaba contar—, en 2012 le ofrecieron entrar de asesora técnica en el Gobierno. Se tiró a la piscina. Iba a cobrar menos que en el des-

pacho, pero estaba harta de ver a gente quedarse en el camino, de los sacrificios personales y, sobre todo, quería aportar su granito de arena: iba a trabajar por el bien común. «Voy a cambiar las cosas en un momento muy complicado para España», pensaba. Vivió muy de cerca la redacción y tramitación de muchas de las leyes y reformas de esos años. Oyó cómo la llamaban *progre*, mientras otros la tildaban de *carca* o de *neoliberal*. Ajena a las etiquetas que intentaban colocarle los de su bando y los del de enfrente, siempre defendió lo que creía, que tenía mucho del humanismo cristiano que había mamado en casa.

Al poco de entrar en el Palacio presidencial conoció a José, un ingeniero con el que se casó un año después y con el que tuvo un hijo maravilloso en 2015, Fernando. Cuando se lo pusieron en brazos, *Calu* pensó que jamás había sido tan feliz. Y tardaría en volver a serlo. Los días de vino y rosas se cortaron de sopetón a principios de 2016: un cáncer le arrebató a su gran amor casi sin avisar. Viuda con 33 años, quiso refugiarse en su otro *amor*, la política, pero esta tardó poco en mostrarle su lado más oscuro. Se habían convocado elecciones generales para antes de verano y las encuestas vaticinaban un batacazo histórico del partido en el Gobierno, al que se había afiliado casi a regañadientes. En los pasillos volaban cuchillos para escalar posiciones en las listas. Los

que antes decían A, ahora decían B. Quienes más y quienes menos, querían que el barbilampiño que había asumido el liderazgo de la formación reparara en ellos.

El resultado fue nefasto y se abrió un escenario inédito de ingobernabilidad. *Calu* podía haberse quedado como asesora del Gobierno en funciones, esperando a que se resolviera el puzle y surgiera alguna oportunidad. Pero estaba decepcionada y dolida. Se planteó llamar a los amigos que todavía tenía en el despacho, pero pesó más el deseo de criar al pequeño Fernando. Sin pensarlo mucho, metió su vida en cajas y se fue a Mallorca, donde sus padres se habían instalado al jubilarse.

Tras unos meses de parón, en los que su cuerpo y su cabeza dijeron basta, se incorporó a un pequeño despacho de abogados en Palma y empezó a rumiar la idea de hacer un doctorado. A veces echaba de menos la adrenalina de la política activa y la sensación de estar haciendo algo por ese bien común con el que tanto se le había llenado la boca. Se le pasaba al poner la televisión y encontrarse con las mismas «tertulias de borregos», con el mismo sectarismo. En el mar, con su hijo creciendo a pasos agigantados, Madrid parecía un recuerdo cada vez más borroso. Lo que pasa es que en las capitales de provincia todo el mundo se conoce: aunque fuera *forastera*, en vísperas de las elecciones locales de 2019, le

ofrecieron ocupar uno de los últimos puestos en la lista al Ayuntamiento. Dijo que sí porque era imposible que saliera. Y no salió.

Cuando su partido pudo por fin tomar las riendas del Consistorio, ella acababa de empezar sus cursos de doctorado. Pero «los senderos del Señor son inescrutables», como tantas veces había oído a su abuelo Luis... Madrid, la lejana Madrid, era una vorágine: el barbilampiño había promovido con éxito una moción de censura. Al volver a ocupar despachos, el partido había empezado a llamar a su gente. La lista de Palma corrió y, de la noche a la mañana, *Calu* se vio con el acta de concejal. Le tuvieron que rogar que aceptara. Le encomendaron Asuntos Sociales y pronto se enamoró de la política local. Disfrutaba viendo cómo sus pequeñas decisiones mejoraban la vida de personas con nombre y apellido. «El bien común se construye desde la micropolítica», repetía cuando le preguntaban por la última polémica estéril.

En marzo de 2020, mientras discutía nuevas medidas de higiene con el director de un centro de día, el alcalde entró sobreexcitado en su despacho: «¡Van a declarar el Estado de alarma!». Los contagios por covid-19 crecían sin control en Madrid y había varios focos en otros puntos de España. Se decretaba el confinamiento obligatorio. Las preguntas se agolpaban en la cabeza de *Calu*: «¿Qué va a pasar con nuestros mayores?,

¿cómo vamos a dar comida a las familias que dependen de nuestros servicios sociales?». Con la población ya reclusa y la mayoría de negocios cerrados, le costó poco poner de acuerdo a los concejales de otros partidos: había que pedir ayuda a grandes hosteleros para coordinar casi 300 comidas diarias y llevarlas, ellos mismos si hacía falta, a las casas de los más vulnerables. Cuando por fin había echado a andar la iniciativa, a punto de apagar la luz de su despacho, sonó el teléfono de la concejalía:

—Buenas noches, señorita. Verá, soy Pilar Fernández, de la zona de Son Gotleu. Hoy me han traído un pollo con una pinta estupenda y algo de pasta, pero a mis 82 años, con la dentadura que tengo, no lo puedo comer. Agradecería si usted pudiera decir que me trajeran un caldito y una patata. Así me apaño. Como poquito, pero con mi pensión...

—No se preocupe, doy traslado a Asuntos Sociales para que modifiquen su menú en el sistema.

A primera hora del día siguiente, *Calu* fue a un súper cerca de su casa. De su bolsillo pagó diez litros de caldo, dos kilos de patatas, pimientos y tetrabriks de leche. Armada con mascarilla y guantes, se dirigió a la casa de Pilar a llevarle la compra. Temblorosa, la anciana abrió la puerta. Su rostro se iluminó al verla.

—Ay, ¿es usted del Ayuntamiento? ¡Cuánto me trae! ¿No lo necesitarán otros? Muchas gracias. Qué rapidez. Dele las gracias al concejal y al alcalde. ¡Que Dios los bendiga!

—Cuenta con ello y no dude en llamar para lo que necesite...

UNAS ONZAS DE CHOCOLATE

Javier Fariñas Martín

Redactor Jefe de la revista «Mundo Negro»

Mi abuela, de misa y comunión diarias, no era muy litúrgica en eso de preparar dulces. Salvo las torrijas, que sí engordaban nuestra gula en el entorno del Jueves Santo, el resto de la golosinería manufacturada en su cocina podía aparecer por Pentecostés, san Antonio de Padua —el santo patrono del pueblo—, la Virgen del Carmen, san Antón o la Purísima Concepción.

Rosquillas, pastelillos y tortas componían su lista de éxitos, que colocaba con esmero en una fuente de barro alta que tapaba con mimo y un paño de cocina limpio detrás de la puerta del salón. Aquello no era un escondite. Era una excusa.

Cuando íbamos a casa de mi abuela, si había sospechas de que el azúcar, los huevos, la harina y algún ingrediente poco secreto pero mágico, se habían metamorfoseado en rico festín, después del beso de rigor había dos opciones: una, preguntar a mi abuela Tomasa si había hecho tortas, pastelillos o rosquillas; o dos, avanzar hacia el salón y asomar la cabeza hacia el envés de la puerta.

Si la fuente estaba allí tapada con un paño impoluto, ya no volvíamos con las manos vacías.

La esperanza de la infancia. Una delicia agazapada detrás de una puerta.



Parroquia de la Inmaculada. Citté Soleil. Puerto Príncipe. Haití. Finales de abril de 2010.

Mejor dicho. Lo que queda de la parroquia. Es cerca del mediodía. Lo que allí se ve es igual de angustioso que lo que se puede contemplar en toda la ciudad. El templo y buena parte de las dependencias aledañas están recostados, arrumbados, en el suelo. Un hombre reza delante de una hornacina con una imagen de María que se mantiene en pie. La valla, el perímetro, compuesto por un murete de ladrillo —enfoscado en azul y blanco—, y una reja sencilla también se mantienen vigilantes. Siguen cerrando algo que solo tiene el valor del símbolo.

Un hombre duerme o dormita junto a un puesto de venta ambulante con los anaqueles vacíos. El tendero, ese que ahora deja pasar el tiempo, ha puesto delante del tenderete un cartel con el que pide paciencia. Quién sabe si paciencia para esperar a que se despierte. Para esperar a que tenga algo más de mercancía que ofrecer. Para esperar a que pase la pesadilla del terremoto.

Ahí, con ese bodegón, aparece una niña de 12 o 13 años que no me pide dinero. Que no quiere comida. Quiere chocolate.

¿Chocolate en Citté Soleil?

—No tengo —le digo con la cabeza y un francés improvisado.

Pero ella quiere chocolate. Y señala con la mirada y su mano derecha algunos de los bolsillos del chaleco en los que llevo los rudimentos de la profesión: grabadora, cuaderno de notas, bolígrafos, pilas...

Ella señala la prenda con la seguridad de que al levantar una solapa o abrir una de tantas cremalleras va a aparecer un lujo en este tiempo posterior al temblor.

Le ofrezco un buen acuerdo. Una botella de agua. Pero no acepta negociaciones. Y se va.

La esperanza de la infancia. Un par de onzas de chocolate guardadas en el bolsillo de un chaleco color cámel.



Llevaba en Puerto Príncipe unos días cuando me topé con esa chiquilla. Había aterrizado en la capital haitiana cien días después de que el terremoto sacudiera la ciudad. En mi maleta del viaje de ida acumulé temas, enfoques y reportajes con la idea de irlos hilvanando con el paso de los días.

Y con ese equipaje salí a la calle. Mi primera mañana allí me dejé caer por la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. O de lo que quedaba de ella: poco más que la torre que se mantenía en pie de manera milagrosa. Apuntaba a una demolición que se consumó meses más tarde. Con la nave central tapada y un templo improvisado de lonas azules —aquello sí era una misa de campaña—, la gente cantaba, en francés, «Gracias, Señor, gracias».

Aquello me quebró. Si el terremoto, una guerra o una pandemia se hubiera llevado por delante a mi familia, a mis amigos, a lo más querido, no sé si tendría la templanza y la fe para cantar aquello.

Como no lo entendía, se lo pregunté a Isadora. ¿Por qué eran capaces de entonar aquello que la liturgia del día les invitaba a entonar? Se lo pregunté o, entre líneas, le supliqué que me diera la llave maestra para comprender qué hay en el corazón del ser humano en una situación así. Me sonrió, creo que más por educación que por ganas de hacerlo, y me respondió:

—El día del terremoto, mis cuatro hijos estaban en mi casa. Dos de ellos murieron y dos de ellos viven. ¡Cómo no voy a dar gracias a Dios!

Isadora quedó guardada en la libreta hasta que publiqué *Periodismo de mandarina*. Entonces cerré su historia así: «En una sola frase desenmas-

caró el tinglado periodístico que personalmente percibo entre muchos de los que nos dedicamos a contar la vida de los empobrecidos, entre los que también me cuento: narramos su vida sin esperanza. Contamos su vida sin la esperanza que a ellos les sirve para mantenerse en pie. Frente a ello, nuestras historias, muchas veces, no son capaces de mantener la mirada a gente como Isadora y a esos dos hijos que guiñaron el ojo al terremoto en Puerto Príncipe».

La fe, la esperanza y el agradecimiento de una mujer, de una madre.



Me apostaría sin dudar un puñado de monedas, no más, a que el periodista Pedro Simón y Antonio Molina (un misionero de África, de los conocidos como Padres Blancos, fallecido en mayo de 2015), no se conocieron. Seguro que habrían congeniado.

En una ocasión, el bueno de Antonio me dijo que la esperanza es el motor que mueve a la humanidad. Y de eso sabía mucho este misionero del mundo (Burkina Faso, Mozambique, Brasil...). Tiempo después, pregunté a mi colega de profesión, acostumbrado a lidiar con las asperezas de la vida en sus relatos, sobre cómo rematar los textos que arañan el alma. Y él me dijo que intentaba siempre abrazar los relatos con un beso.

Un beso, que hoy y siempre debe ser la esperanza.



Bienaventurados los que tenéis esperanza, porque vuestra recompensa será grande en el reino de los cielos.

LLENAR EL ALMA DE ESPERANZA

Irene Pozo Hernández

Directora de contenidos de «TRECE»

«Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca estamos todos» (Francisco, 31 de marzo de 2020).

Bajo la lluvia, en una desierta plaza de San Pedro, en silencio, el Papa hablaba al mundo. Al rico y al pobre. Al blanco y al negro. Al de derechas y al de izquierdas. Al budista y al cristiano. Al anciano, al adulto y al niño... Con miedo y tristeza, sí, pero también con esperanza. Una imagen portada de los grandes diarios y que quedará grabada en la memoria de muchos.

Fue en ese momento, releendo las palabras que el Papa acababa de pronunciar en aquella plaza de San Pedro, cuando fui consciente de la importancia de las mismas y de lo que estaba pasando. Y fue entonces cuando todo cobró sentido.

Me di cuenta de que nuestro planeta necesitaba parar porque se ahogaba, las familias necesi-

taban pasar más tiempo juntas, el ser humano se había vuelto más egoísta que nunca y el estrés de cada día —en mi caso— me había impedido vivir con sentido el tiempo de Cuaresma. El mundo se paró y yo me hice chiquitita ante esas palabras.

Aquel mensaje del Papa a toda la humanidad me llegó al alma. ¿Qué estábamos haciendo? Necesitábamos cambiar, tomar conciencia de lo que estaba pasando, actuar, quedarnos en casa y, desde nuestra más profunda humildad, hacer el bien con el de al lado. Mirar la vida de otra manera. Al fin y al cabo, la Cuaresma es un tiempo de conversión y de esperanza. Y, como recordó el Santo Padre en el Domingo de Ramos, la vida no sirve *si no se sirve...*

Nuestro país es uno de los más castigados por la pandemia. Las medidas puestas en marcha por el Gobierno hay que tomarlas en serio. Hoy no debe haber colores en la política, solo iniciativas y trabajo que sumen al bien común de la sociedad.

Y ahí, entre los sanitarios, las fuerzas de seguridad o los medios de comunicación; entre los servicios esenciales que mantienen la sociedad, también está la Iglesia, más esencial que nunca, más Iglesia, haciéndonos ver que la caridad, aquella en la que el mismo Jesús basó su vida, es lo único que tiene sentido ahora. Servir para llenar el alma de esperanza, caminar hacia un todo más humano. Ese es el camino.

Y en el mundo de la comunicación, también. Constantemente nos los recuerda el papa Francisco: la comunicación debe servir para construir. Y, como siempre digo, no solo hay que tener esto presente en los medios, porque comunicar comunicamos cada uno de nosotros en todas partes. Y ahora que las redes sociales y el mundo de internet están siendo verdaderas herramientas estos días, debemos tenerlo presente. Cambiemos nuestra forma de comunicar. ¿Por qué no? Hagamos de la comunicación un camino más humano, que tienda puentes y derribe muros. Comuniquemos desde la caridad y demos sentido a la verdad.

Estos días he reído y he llorado. He visto cómo mi familia ha vuelto a estar unida. Cómo las nuevas tecnologías se han convertido en el espacio para estar cerca de los nuestros, para fomentar las relaciones humanas. He comprobado cómo los problemas de unos y las alegrías de otros eran de todos. Y cómo somos capaces de darnos a los demás aunque no los conozcamos.

He visto cómo aún queda gente buena. Cómo las personas se han volcado unas con otras. Cómo nacían cientos de iniciativas en todas partes para ayudarnos entre nosotros. Cómo la Iglesia era más Iglesia que nunca.

No somos los mismos, estamos aprendiendo a mirar con otros ojos, a sentir con otro cora-

zón; con fe y confianza. Saldremos de esto juntos porque solo de esa manera seremos todos mucho mejores.

EL PRIMER GRACIAS DE DIEGO

Jesús Bastante Liébana

Redactor Jefe de «Religión Digital»

Diego cumplió 17 meses este Miércoles Santo, y sigue sonriendo, ajeno al drama global que estamos viviendo. La memoria de los bebés es sorprendente: tan pronto aprende palabras que jamás se le olvidan, como las actividades que formaban su rutina de vida (guardería, parque, visitas...) desaparecen sin dejar rastro. Es un niño feliz y contagia esa felicidad al pequeño mundo que le rodea, ahora un poco más estrecho debido al encierro impuesto a causa de la covid-19.

No se arriesguen a vivir una pandemia con un bebé de 17 meses activo y juguetón si sus dos padres (tele)trabajan. Resulta francamente agotador. Pero sus ojos siguen marcados por la sorpresa, muy diferente a la nuestra, sin nubes de lágrimas en los ojos, sin gritos callados, sin nervios a flor de piel. Diego tiene varios coches (todos los coches, también las ambulancias de esos héroes que cada día se la juegan por salvarnos la vida, son «tutús»), una pelota, muchos libros y unos padres que lo observan a cada rato, preocupados por si le quedarán secuelas después de tantas se-

manas sin pisar la calle. Que vigilan cada sueño, cada tos, cada gesto nuevo como un gigantesco interrogante.

Y los hay a montones. Porque en estas cuatro semanas de confinamiento Diego ha ido cambiando cada día. Antes (parece que hace tanto tiempo de ese «antes»), cuando todo era «normal», habíamos sucumbido de tal manera a las prisas, los ruidos, los ritmos... que apenas apreciábamos los pequeños detalles, esos aprendizajes del día a día. Pero también los había: y de eso se daban cuenta los primos, tíos, abuelos, que no lo veían a diario. «Cuando le veáis no lo vais a reconocer», repetimos, bobos y orgullosos, a todo aquel que llama por teléfono o se conecta por *skype* o videoconferencia con nosotros. Nuestra familia y amigos deben tener la memoria de sus móviles completa por culpa de «las cosas de Diego». Y muchas, muchas ganas de verlo, de achucharlo, de comérselo a besos. Bendito horizonte para sus abuelos, para sus primos. Benditas ganas de ese «día después».

En estas semanas, Diego ha crecido (como esto se prolongue mucho nos quedamos sin pijamas), le ha cambiado la mirada, ha aprendido a decir «azul», «manzana», «naranja», «zapato», «tarta», «Pato» (bendito Pocoyó). Le gusta bailar y repite con gestos y balbuceos sus canciones preferidas, desde el *Tallarín* al *Elefante* que se balanceaba sobre la tela de una araña. Le encanta abra-

zar con fuerza (el mundo se para cuando Diego te abraza) y que lo subamos a lo alto del mueble de la cocina para hacerle bailar el Enano Saltarín, y para después lanzarse al vacío (mis brazos).

Su calle es nuestra terraza, el universo se pierde en la antena del edificio de enfrente, donde a ratos se posan los pájaros (también sabe decir «Pipi»). Debajo de ellos, una nena de su misma edad lo mira, se saludan. Y es que Diego también está aprendiendo a reconocerse en los otros. Un trozo de tierra del minihuerto urbano es su caja de herramientas. Disfruta, ríe, salta, grita, patalea... Los vecinos escuchan el eco de su voz en los soportales de la urbanización y quiero creer que se les escapa una sonrisa. A nosotros se nos expande hasta las arrugas.

Y es que la vida se abre paso. Pese a todo. Siempre se abre paso.

Y a aplaudir. Diego también ha aprendido a aplaudir. Y a gritar mientras lo hace. Aún no entiende bien (no tiene por qué hacerlo) si los aplausos son de alegría o de tristeza. En su pequeño mundo, el ruido compartido siempre es bueno. Cada tarde, pocos segundos antes de las ocho, escuchamos desde la ventana a los primeros vecinos que adelantan el reloj para ver si así ganamos unos segundos al virus y vencemos en esta lucha.

Cuando lo hacemos, Diego salta y sale trotando —sí, ya camina deprisa, para desgracia de mis riñones de gordo ex corredor maduro— hacia la puerta de la terraza. Su madre y yo salimos con él y, durante unos minutos, todo son risas, aplausos, gritos.

Hace unos días, justo en mitad del aplauso-homenaje a nuestros héroes, a esos que cada día se dejan la piel por salvar la nuestra, Diego aprendió otra palabra. La escuchó de algún balcón cercano —todavía el cambio horario no nos había permitido ver los rostros de nuestros vecinos de confinamiento—, supongo que durante días. «Gracias», balbuceó. Una y otra vez. Hasta que acabaron los aplausos y, un poco más tarde, su madre y yo nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado solos, medio congelados, en la terraza.

«Gracias». Salida de sus labios, resulta la palabra más bonita del mundo. Un «gracias» que expande el universo, que lo hace abrazo, que lo conjuga en primera persona del plural. El «gracias» de Diego es el nuestro. Bendito encierro que nos permite dar las gracias por el milagro de esta pequeña vida, por los cubos de arena, las manos lavadas, el sueño entre mis brazos, el silencio.

Los gritos, los trastos por el suelo, la ropa bañada, la eterna sorpresa, los ojos grandes, la limpieza de tu mirada.

«Gracias» porque el mundo que viene tiene que ser mejor para ti. Debe tener más sonrisas, más aplausos y más «gracias». Más reconocer al vecino de enfrente, más caricias al despertar, más tiempo para nosotros, más miradas hacia el que no tiene nuestra suerte. Y muchas, muchas veces el primer «gracias».

Y al final, todos vamos aprendiendo, cada día, casi sin saberlo. «Cuando nos veáis no nos vais a reconocer». Ojalá sea porque se nos hayan pegado más cosas de un bebé de 17 meses. Gracias, mi Diego. Gracias, mi sol. Gracias.

CHOCOLATE ESPESO

Miriam Diez Bosch

Periodista y profesora. «Aleteia» y «Observatorio Blanquerna de Comunicación, Religión y Cultura»

Spes, en latín, es esperanza. Esperanza que parece utópica cuando todo a tu alrededor es espeso, tupido como las nubes, denso y pesado como los pasos de los elefantes de Aníbal cruzando los Pirineos. Espeso como el chocolate que consuela en tardes de lluvia y desasosiego. La buena noticia de la esperanza es que es inabarcable. La esperanza no se adquiere en porciones ni se compra por dosis. La esperanza se alimenta con el deseo de esperanza y llega como un don, un *boomerang*, una respuesta a un deseo. Vivir con esperanza es vivir.

«Las cuentas claras, y el chocolate espeso», reza el refrán. Chocolate contra la ansiedad y, cuentas, las justas en momentos que no anticipan una crisis, sino que ya la encarnan. La esperanza como horizonte permanente es también una virtud que funda el deseo en esa fe en Dios que colmará sus promesas. Las personas suelen hablar de esperanza como estado de ánimo, aquel estado que surge cuando se presenta como alcanzable un deseo. La esperanza es benéfica porque conlleva en sí el

deseo de positividad. Pero, ¡ay!, la esperanza no es una frase hecha en una taza de chocolate o té. La esperanza no es puro positivismo del «todo saldrá bien». La esperanza no es el positivismo de las certezas.

Esperamos que salga bien, pero sabemos que podría salir mal. Y si sale mal, allí tendremos que invertir más sacos de esperanza. Por eso es una actitud perenne de la que muchos carecen. Y es el más acuciante aspecto que el cristianismo puede contrarrestar. Dar esperanza a quién no la tiene, no cree en ella, la ha perdido, la desconoce. Esperar es una actitud de construcción. Cuando se construye, necesitamos no sólo fuerza y material, sino proyectar hacia dónde vamos a construir. Esperar es plantar tulipanes en invierno y espiar en primavera para ver si salen los brotes. Esperanza es creer en alguien y no defraudarse a las primeras de cambio. Esperanza es saber que un confinamiento significa no salir ni ver a nadie para, precisamente, preparar el momento en que salir y ver a la gente sea posible. Esperar es crear espacios donde los otros no se angustien. Esperar es crear almohadas para que, quien quiera, apoye su hombro. Esperanza, en muchos pueblos, es el nombre de la Virgen embarazada. «Esperanza», diría el poeta, «esperanza eres tú».

Volvamos al chocolate espeso. Entre los recuerdos que me acechan estos días, aparece una calle en Barcelona llamada Petritxol. Es una ca-

llejuela en el barrio gótico en la que, durante los años 60, mis padres iban a merendar chocolate con nata (*suizo*, se llamaba el invento), con ensaimadas. El chocolate tiene esa pátina de niñez y de exceso que tanto me gusta recordar. El chocolate es lo contrario de este mundo *detox*, descafeinado, ligero por modas y no siempre por convicciones personales. El chocolate es la novedad, lo que llegó de América, un descubrimiento, una fiesta. Es raro, en tiempos confinados, ver que en los supermercados quedan todavía tabletas de chocolate en las estanterías y, en cambio, desaparecen los desinfectantes. El chocolate encarna esa idea lúdica, de paro en el tiempo. El tiempo de la fiesta volverá, aunque ahora parezca insólito y lejano.

El mundo se mueve por la esperanza. Sin ella, acecharía el desconsuelo. La gracia de la esperanza es su adaptabilidad. Hay esperanzas chicas, medianas, grandes. Hay la esperanza de que llegue el ascensor. La esperanza de que la publicidad dure poco en el intermedio de tu película preferida. La esperanza de que todo vaya razonablemente bien. La esperanza de saber que, cuando llegue la noche oscura, todavía sabremos buscar una salida. La esperanza de reencontrarnos con los nuestros. La esperanza que es como la energía, que no se destruye, sólo se transforma. La esperanza de una curación. La esperanza de seguir creyendo en la humanidad. La esperanza de que los Centros de

Internamiento de Internos cierren. La esperanza de que no olvidemos los campos de refugiados. La esperanza de que la salud, el amor y el trabajo, como decía la abuela, sean una realidad; por este orden. La esperanza de que los baches son sólo cartografías de un camino, heridas en una trayectoria. La esperanza de volver a ver a aquella persona que, sin darte cuenta, ya sobrepasó hace tiempo los noventa años. La esperanza de saberte fuerte, la esperanza de sentir la resiliencia en las venas, la esperanza de saber dar esperanza.

Uno de los comentarios de mis amigos no creyentes cuando se refieren «a la suerte de tener fe» va siempre ligada a la esperanza. Esperanza que no es resignación ni alegría boba, sino esperanza serena, que se conforma dentro de la rebeldía de Job, esperanza que no niega el salmo 22 ni rehuye el aparente abandono de Dios en momentos de negros horizontes. En momentos de crisis, tener esperanza es humanamente deseable y cristianamente necesario, para uno y para los demás, para resistir y para ofrecer apoyo.

Fue el papa Francisco, el 7 de diciembre de 2016, el que dijo que «la esperanza no defrauda. ¡El optimismo defrauda, la esperanza no! ¿Entendido?». Entendido, entendido.

SALVADOR

José Beltrán Aragoneses
Director de la revista «Vida Nueva»

Nunca me ha resultado fácil levantar el teléfono para dar el pésame a alguien. No tengo el don del acompañamiento en el duelo. Como otras tantas lagunas que uno tiene pero que busco enmendar, como se sortea al personal en los pasillos del supermercado en estos días de desconcierto vírico. Casi sin darme cuenta. Me lanzo. Al otro lado del móvil, Salva. Parezco nuevo. Algo –o mucho– tendría que haberle noqueado para borrar su capacidad de mirar por encima del hombro a la adversidad. Se adelanta y, en apenas unos segundos, rompe todo discurso lastimero. «¡Qué vamos a hacer! ¡Tirar *p'alante!*».

No trata de relativizar ni poner parches de maquillaje a un sufrimiento del que quiere escapar. Mal apaño el de los remaches, porque luego el dolor se expande a borbotones cuando uno menos lo espera. A Salva se le nota que ya ha llorado lo suyo, aunque nunca pudiera parecer suficiente cuando, en poco más de diez días, el covid-19 te ha arrebatado a tu padre, a tu abuela y a tu tía.

Calificar lo de Salva como resiliencia sería cubrirlo de tecnicismos esnobistas, cuando en realidad es fe de toda la vida de Dios. El don regalado para creer tanto en el Redentor como en la humanidad redimida, tanto en el futuro cargado de esperanza como en el presente que se empeña en sepultarlo todo. Solo cuando uno tiene interiorizado de verdad que es de los que siguen a uno que ajusticiaron por loco y que fue Resucitado al tercer día, se puede plantar cara a la muerte para recordarle que no tiene la última palabra.

Solo desde el convencimiento pleno de que ni mucho menos todo está perdido, Salva busca más paliar la desazón del otro que recrearse en la propia. Se ha puesto manos a la obra para que las cofradías de Madrid no derramen una sola lágrima porque sus imágenes se hayan quedado aparcadas en las capillas laterales de los templos, clausurados por temor a contagios epidémicos. Para llantos, el suyo. Y ya no está. Pico y pala, en pocos días ha logrado sumar más de 32.000 euros entre unos y otros para que vayan directamente al hospital del IFEMA. De hecho, ya se han convertido en batas y mascarillas. «En las circunstancias en las que estamos, no se trata de votar si hay que dar o no, sino de cuánto más podemos dar. Para eso no nos va a temblar el pulso a ninguno». Ni nazarenos ni costaleros.

En su hermandad, ha arrancado un pico bastante gordo. Enorme, teniendo en cuenta el có-

digo postal. «En Vallecas, este año, la Virgen del Carmen no saldrá en procesión», me sentencia. Y eso que las fiestas patronales están marcadas para julio en el calendario y no parece que para entonces vayamos a estar confinados. «El presupuesto que teníamos destinado era para la salida. Pero, teniendo en cuenta la debacle que se está viviendo ahí fuera, no podemos si quiera plantearnos salir a la calle con las imágenes, ni pensar en qué dinero vamos a dedicar a las flores». Lo que se está viviendo ahí fuera... Como si no le hubiera golpeado a él directamente.

Tampoco es gratuito el comentario floral. No es desdén hacia el mundo cofrade. Pensarlo así pasaría por menospreciar a Salva. Porque, si alguien sabe de vestir un paso, es él. Tuve el honor de acompañarle una mañana a un mayorista florero y comprobé que se mueve entre calas y rosas con una soltura inimaginable. Solo con acercarse, echar un vistazo al tallo y acariciar un pétalo es capaz de calibrar con exactitud el tiempo que será capaz de darle brío a la Macarena de Madrid. Pero, sobre todo, sabe regalarle a la Madre el tono y el olor que mejor le acompañan para cada ocasión, con su aroma bíblico correspondiente y su *pantone* litúrgico. El detalle que revela el aroma de lo profundo. No hay ética sin estética.

Salva no será un poeta, pero es la UME de los *capillitas*. Siempre está para un roto y para un descosido. Más para lo primero. Hace un par de

años, el Cristo del Gran Poder de Madrid se topó con un semáforo nada más poner un pie en la calle Toledo. Apenas unos minutos al descubierto desde la colegiata de San Isidro. Un mal cálculo y la cruz del Señor se resquebrajó. ¿Quién es el guapo que sube a resolver el entuerto? Salva. En unos segundos había valorado daños y constatado que la imagen estaba intacta. Con un par de bridas, salió al quite en un minuto. Las cámaras le enfocaron durante el arreglo, pero en seguida el objetivo se fue a la mirada del Cristo sufriente. Y el cireneo quedó fuera de plano, que es donde mejor se mueven aquellos que son capaces de cargar con el madero de otro sin sentirse apesadumbrados.

Es la piedad popular que algunos desprecian, porque solo ven postureo donde hay un fervor arraigado en un pueblo creyente que sabe que la estación de penitencia más sonada y la carrera oficial con más mérito es la que marca la propia vida. Y que la mejor *levantá* de un costalero es la que se hace mano a mano por otros cuando un virus del que poco se conoce se la juega a tu familia como nunca hubieras podido imaginar. A Salva le bautizaron Salvador. No por casualidad.

BEN-HUR Y LA PIETÀ

José María Brunet Morales

Periodista en «El País»

El aislamiento que ha supuesto la pandemia de la covid-19 ha llevado, sin duda, a un inmenso consumo de bienes culturales. Los medios de comunicación se han llenado de recomendaciones de libros, películas y, sobre todo, series, que es el fenómeno singular de nuestra época. En mi caso, como soy persona de tendencias clásicas, este afán por aprovechar el tiempo de confinamiento para disfrutar de obras sólidas supuso bajar de los estantes una de las películas más famosas de la historia del cine, *Ben-Hur*, dirigida en 1959 por William Wyler.

No sé cuántas veces la he visto, he perdido la cuenta. Y cada vez que lo hago me gusta más. No sólo por su característica obvia de gran relato de aventuras que desemboca en la célebre carrera de cuádrigas, una secuencia que precisó de tres meses de rodaje. En esta última ocasión he estado más atento a las cuestiones de fondo, al acento puesto por los guionistas para trasladarnos un mensaje de esperanza ante los infortunios y las desgracias. Todo ello hecho, a mi juicio, sin pa-

panatismo alguno, describiendo a los distintos personajes con la suma de cualidades y defectos que les hace humanos y especialmente creíbles.

Ese esfuerzo descriptivo es especialmente matizado e intenso en lo que respecta al principal protagonista, un Charlton Heston que hubiera podido ser Burt Lancaster o Robert Taylor, porque también se pensó en ellos para el papel. Finalmente, John Charles Carter —el verdadero nombre de Heston— fue el elegido para representar al príncipe judío, un aristócrata cuyas acciones tienen un objetivo principal, la venganza, en un supuesto contexto histórico que se entrecruza con los primeros pasos del cristianismo. Y no es este un dato secundario, porque esa historia paralela trata de llevar en todo momento al ánimo del espectador la prevalencia de los sentimientos de solidaridad sobre los de odio y rencor.

Fácilmente, las secuencias finales de la película pueden llegar a evocar situaciones de nuestros días, con la curación inesperada de la madre y la hermana de Ben-Hur, injustamente castigadas por el tribuno Mesala, el personaje que protagoniza Stephen Boyd, cuya muerte persigue durante años el protagonista. Con arreglo al guión del film, la curación de ambas es literalmente un milagro. Pero el contraste está en que, mientras el odio de Ben-Hur sólo produce más sufrimiento, a sí mismo y a los que le rodean, los sentimientos de solidaridad y la esperanza que mueven a los

personajes de su entorno consiguen torcer el trágico destino que aguardaba a su familia.

Me llamó la atención que, el mismo día en que volví a ver esta película, escuché cómo el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, se refería a las actuaciones del equipo de altos responsables contra la pandemia del *coronavirus* para destacar que «somos hijos de la Ilustración». Sin duda, quiso subrayar el compromiso de ese grupo de profesionales en la difícil labor de salvar vidas y garantizar en todo lo posible la seguridad colectiva mediante una tarea basada esencialmente en el conocimiento científico. Pero no pude dejar de pensar en la insuficiencia de esa expresión —«hijos de la Ilustración»— para describir el esfuerzo colectivo que implica la lucha contra un virus potencialmente letal que, en efecto, ha causado muchas muertes y enormes estragos a escala global.

Pero concluí que el aparente dilema planteado no existe. A un virus se le combate desde el conocimiento científico, sin la menor duda, y en ese empeño hay que poner grandes energías. Ahora bien, en paralelo con la investigación tiene que producirse otro tipo de movilización. Los equipos sanitarios que salen a las puertas de los hospitales para aplaudir y ser aplaudidos no solo aportan conocimientos y experiencia técnica en el manejo de respiradores y fármacos. Tan importante como su preparación es la

entrega con la que trabajan y los riesgos que han asumido, desprovistos muchas veces de los medios de protección –batas, mascarillas o material desinfectante suficiente– que habrían precisado.

La sociedad lo sabe, lo percibe. Por eso se producen esas manifestaciones de reconocimiento que suponen los aplausos desde los balcones. No se les ovaciona por su mera condición profesional, sino por ponerla al servicio del objetivo de salvar vidas mientras arriesgan en no pocos casos la suya. Sacrificios de este tipo no serían posibles si en el alma humana no anidaran –y muchas veces prevalecieran– sentimientos de misericordia y piedad.

De hecho, en relación con los ejemplos de sacrificio que ahora hemos vuelto a conocer, siempre me viene en mente una grandiosa obra de arte, la escultura de la *Pietà*, de Miguel Ángel, expuesta en la primera capilla, a la derecha, nada más entrar en la basílica de San Pedro, en el Vaticano. La contemplé muchas veces, siempre con la misma emoción, durante los años en que fui corresponsal en Italia y ante la Santa Sede.

Ciertamente, allí habría querido estar el Domingo de Ramos de este año 2020 y haber podido escuchar en persona la homilía en la que el papa Francisco subrayó que «el drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a

tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que la vida no sirve si no se sirve».

A lo que añadió: «No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer. (...) El camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida».

MI ÁNGEL DE LA GUARDA

Rafael Ortega Benito

*Presidente de UCIPE (Unión Católica de Informadores
y Periodistas de España)*

Uno es periodista por vocación, como debe ser, porque ejercer cualquier labor en este mundo tan difícil que nos ha tocado vivir, sin vocación debe de ser algo horrible. Escribir, informar u opinar como obligación en esta bendita profesión es querer, tal vez, encontrar un medio de vida. Eso sí, una vida aburrida profesionalmente que incluso puede ser manejada por aquellos que quieren manipularnos, y más en estos momentos tan duros que nos está tocando vivir.

Pero yo, gracias a Dios, tengo suerte porque tengo vocación, pero sobre todo tengo a mi ángel de la guarda que me cuida en estos días y que yo sé, ahora más que nunca, que siempre ha estado conmigo y que no me abandonará jamás. Pero la verdad es que me he enterado ahora de que yo tenía también un ángel de la guarda, porque siempre creía (y pasaba del tema) que este asunto, el del ángel de la guarda, formaba parte de esas cosas que de niños nos enseñaban y que nos servían para irnos a dormir tranquilos.

He descubierto también que el ángel de la guarda no es una figura masculina, como nos la han presentado siempre en cuadros y esculturas, porque mi ángel es una niña y, por eso, podría bautizarla como Ángela, aunque yo la llamo Carlota, a la que conozco físicamente, porque no se me aparece de vez en cuando, ni va acompañándome a mi lado. Carlota siempre está conmigo y somos muy felices juntos. Eso sí, tenemos algunos problemas de comunicación porque yo parlo con ella y Carlota me responde con gestos acompañados siempre con una sonrisa.

Es más, en estos días de confinamiento obligado, he podido salir a la calle con ella de paseo. Algunos me han dicho que eso no estaba bien, pero ella con sus ojos me ha dicho que no hiciera caso y que fuéramos a los columpios porque a esta *ángela* de la guarda le gusta balancearse y mirar al cielo de reojo, porque supongo que piensa que allí está la verdadera felicidad.

Mi ángela de la guarda, perdón Carlota, es bellísima y Dios me la ha colocado al lado con un síndrome, creo que se llama algo así como *Syngap1*, que parece que se produce por una serie de mutaciones en el brazo corto del cromosoma 6. Dicen que este gen codifica una proteína con el mismo nombre que resulta crítica para el desarrollo de la cognición y de una función sináptica adecuada. Todo esto me lo han contado porque las mutaciones nocivas en este gen reducen la

cantidad de proteínas funcionales. Y digo que me lo han contado y he hecho un esfuerzo enorme para créemelo y entenderlo, aunque Carlota se ha encogido de hombros cuando yo estaba leyendo en voz alta la información que me habían pasado y me ha hecho un gesto que me indicaba que teníamos que seguir caminando.

Y la he obedecido. No podía hacer otra cosa porque para eso es mi ángela de la guarda. Hay que hacer lo que dice porque seguro que te lleva por buen camino. Hasta ahora Carlota no me ha fallado y todo me sale bien desde que he descubierto que siempre está conmigo y me protege. Siempre me indica el camino correcto, aunque sus formas a veces no parecen las más adecuadas, cosas mías, porque en vez de hablarte, te da un manotazo y eso indica que «por ahí no se puede ir». En estos días, cuando he salido a pasear con ella, los vecinos la han saludado muy afectuosamente y ella les ha respondido con un saludo moviendo la mano como si fuera una reina. Yo, la verdad, me he puesto celoso, porque quiero que sea solo mi «guarda».

Es más, cuando por la noche me voy a acostar he vuelto a rezar aquello de «Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día». Y me duermo como un tronco, porque mi ángela de la guarda, perdón Carlota, está, y lo sé, protegiéndome.

No sé cómo serán los ángeles de la guarda de los demás, pero el mío, perdón, la mía, es especial. Cuando la miro, a través de sus ojos veo el cielo, a mi mujer, a mis hijos y a mis nietos. Y eso me hace feliz, lo que supongo que es la labor esencial de mi ángela de la guarda, a quien, por cierto, le tengo que preguntar un día si es solo mi ángela de la guarda, y si le está permitido por Dios compartir esa función con mi mujer, mis hijos y mis otros dos nietos.

MILAGROS

Cristina Sánchez Aguilar

Subdirectora del semanario «Alfa y Omega»

Son las seis de la tarde y ya no sé qué más hacer; madre mía, qué harta estoy de ver negruras en la televisión. ¡Ay, Luisito, si estuvieras aquí conmigo, cuánto más fácil se me haría este encarcelamiento!, que ni a la calle salgo para comprar el pan. No, no. Ni piso el felpudo, que la niña se pone como un ogro. No, tranquilo, que no entra en casa. Pero me llama cinco veces al día como poco, y viene a traerme la compra dos veces a la semana. Ya sabes que tiene un radar, la *jodía*. Ni que me hubiera puesto un cacharro de esos que pita cuando uno se mueve, como si fuera un perrillo que sueña con salir a estirar las piernas.

Hay que ver qué guapo estás en ese cuadro. Tan galán con el uniforme, con esos ojos negros que me quitan el *sentío*. Sí, Luisito, todavía tengo el deje extremeño. Ya ves, 40 años en Madrid y no se me ha *quitao* del todo. Bueno, me gusta. Echo mucho de menos el pueblo. ¿Te acuerdas cuando íbamos al baile? Yo era la más guapa de la comarca, y no lo digo yo, ojo. Que me lo decían todos. «Mira la Milagritos, qué buen por-

te». Y yo, hinchada como un pavo. Pero te había echado el ojo a ti. Ya me podían decir Misa. El muchacho que soñaba con ser soldado era *pa* mí. Ya te imaginaba yo tan alto y tan apuesto con uniforme. Qué bien te pintó aquel señor. Como si fueras un rey de esos que se ven en los museos. Clavadito, clavadito a la foto que le dimos.

¡Ay Luisito, 23 años ya que te me fuiste y no me acostumbro a estar sin ti! Imagínate ahora, que ni a la parroquia puedo ir a ver a don Jaime, pobre hombre, tan mayor. Qué estará haciendo todo el día solo. Sí, he llamado a la parroquia, pero no lo coge nadie y no sé si tiene teléfono móvil. Yo no me entiendo con esos avances. Voy a decirle a la niña que le localice, que estoy preocupada. No tengo muchas ganas de cenar, con tanta muerte se me encogen las tripas. Igual me hago una tortillita así, ligera. Que si no, no duermo bien tampoco.

Me preocupa la niña, que ella es muy burra y es capaz de estar haciendo la compra para todo el vecindario. Me ha dicho que ha puesto en el portal un cartel con su número de teléfono para que los vecinos que necesiten algo la llamen. Entre ellos y yo, tiene tarea. No te preocupes, ya sabes que vino a vivir al edificio de al lado. Solo tiene que cruzar la calle. Le digo que se ponga guantes y mascarilla. Pero no sé, no sé. Tengo miedo.

¡Ay, Luisito, qué guapo estás en este cuadro! Hoy me he levantado un poco más animosa y tengo así como ganas. Sí, sí, hasta me he desayunado una magdalena. Las ha hecho la niña, que vale *pa tó*. Me dice que me ponga a ordenar los armarios para entretenerme y he sido obediente. ¡Y resulta que me he encontrado con la vieja máquina de coser y no sabes qué ilusión me ha hecho! Me he acordado de cuando trabajaba como costurera en Barcelona, estabas tú destinado allí y yo no quería estar en casa todo el día esperándote. Ay, que sí, que no te gustó nada, pero a ver, siempre he sido muy *echá palante*. No te hubieras casado conmigo y andando.

No recordaba ni cómo se enhebra una aguja... pero mira, ha sido ponerme y no he tardado *ná* en coger el tranquillo. Hasta retales tenía guardados de cuando era moza y me hacía los vestidos. El verde era el color que mejor me sentaba. ¿Te acuerdas de aquel traje con flores blancas? El que me puse para ser madrina en la boda de tu sobrino. ¡Pues aún quedaban restos de tela! Ay, qué alegría me ha dado. Menos mal que hoy no he encendido el aparato. Qué cansada estoy de tanta negrura que echan en la tele.

Me ha dicho la niña que salga al balcón de día para que me dé el sol, que tengo que coger vitamina D, de esa que viene con la luz. Así que ahí he estado toda la mañana, que hoy hace bueno. Me he *remangao* la bata y todo. Que no, no me

ha visto nadie, no seas antiguo. Además, así no escucho la televisión todo el día, que las negruras me dejan angustiadita *perdía*. He visto a la vecina del 2ºA, la que tiene una chiquilla tan bonita. Iba a hacer la compra y la pobre iba sin mascarilla. He echado un grito, porque tengo ganas de hablar también con alguien que no seáis la niña o tú. No te lo tomes a mal, ya sabes Luisito lo guapo que estás en el cuadro, pareces un rey de esos de los museos. Pero tampoco viene mal que a una la contesten. La muchacha me ha dicho que en las farmacias están agotadas las mascarillas, que no hay forma de encontrarlas. Luego ha venido un chico a traer la compra de un supermercado y venía con la mascarilla rota de un *lao*, el pobre.

Ay Luisito, yo siempre he sido tan *echá palante* y ahora me veo aquí encerrada y sin nada qué hacer, nada más que ver que negruras en la televisión. La niña ha llamado a don Jaime y está bien, pobre hombre, tan mayor. Pero qué alegría me ha dado. Es un hombre tan bueno y tan entregado a la parroquia. Cuando se ha ido el sol me he metido en casa y he buscado una sábana de las buenas, de las de nuestro ajuar. De esas en las que bordé nuestras iniciales, ¿te acuerdas? Tanto conservarlas para que no se estropeasen y creo que nunca las llegamos a utilizar. Te fuiste tan pronto, Luisito, me dejaste aquí tan sola. Y eso que pretendientes no me han faltado, pero no, no, yo no he querido a ninguno. Tú eres mi

marido. He cortado la sábana en varios trozos, yo sé que tú me lo vas a perdonar. Es además de las de mejor calidad, buen hilo. Creo que nos las regaló la jefa de tu madre, la de la mercería. El caso es que me han salido 15 mascarillas, con sus pliegues y *tó*. Sí que sé cómo hacerlas, pedí a la niña esta mañana que me dejase una de prueba en el pomo de la puerta. Esterilizada, sí, no te pongas nervioso. No tenía gomas, pero las he quitado de varias faldas. Ahora no las necesito. Le he dicho a la niña que ponga un cartel en el portal. «Hola, soy Milagros, la vecina del 1º D. He hecho mascarillas caseras. He dejado una bolsa con varias colgadas en el pomo de mi puerta. Coged las que necesitéis. Puedo hacer más. Un abrazo». Chico, en una hora habían volado. La niña está entusiasmada y me ha traído varias sábanas que tiene en casa. Y yo he rebuscado en los armarios y tengo material para rato.

¡Ay, Luisito, llevo diez días dándole al pedal y he hecho más de cien mascarillas! La mujer que reparte el correo me ha pedido para ella y para sus compañeros. Que no, que no ha venido a casa, me lo ha dicho por el telefonillo. No te pongas nervioso. El chico que reparte la comida del supermercado se ha llevado otras cuantas. Tan contento se ha ido que le escuchaba silbar desde el balcón. Y la vecina que tiene la chiquilla tan bonita estaba tan agradecida que hoy llamó a la puerta y me dejó una caja de bombones en el

felpudo y una tarjeta con un dibujo de la niña. Lo he puesto en la nevera. Que sí, que lo he limpiado con alcohol. No sabes qué alegría me da sentirme útil para esta negrura que estamos viviendo. Te dejo un rato, Luisito, que tengo que llamar a la niña para que me compre alcohol y más gomas. Qué guapo estás en ese cuadro, qué bien te pintaron. Pareces, con tu uniforme, uno de esos reyes que se ven en los museos.

(A Pilar, Milagros, Antonia, Angelines,
al abuelo Miguel y tantos inspiradores
de esta pequeña historia)

PENSARES, QUERERES, SENTIRES EN TIEMPOS DE CUARENTENA

Federico Fernández de Buján
Columnista en «ABC»

Te formulo, lector amigo, un decálogo de pensamientos, quereres, sentires —propios o ajenos con algún comentario mío—, con el deseo de que puedan servirte de reflexión, alegría o alivio, lo hago desde mi corazón y dirigiéndome a tu corazón. ¡A corazón abierto!

1. No obsesionarse con nuestro «yo» y darlo todo

Para no dramatizar sobre la propia situación personal, solo es preciso abrirse a los demás, a sus penas y a sus preocupaciones. Si uno *no* lo hace, acaba pensando que su «dolor de hombro» es la enfermedad más dolorosa e invalidante que puede tenerse, y que la incertidumbre acerca de la fecha de sus vacaciones provoca el mayor de los desasosiegos. Ábrete a los otros y no te ocupes y preocupes tanto de ti. Así, harás felices a los demás y lo serás tú. Cuando nos encontramos mal, hay que «poner buena cara». Lo contrario, contraría a los demás y aumenta la contrariedad de uno mismo. Si, además, tú me das *todo* lo que puedes y yo te doy *todo* lo que puedo, los dos nos damos exactamente lo mismo ¡Qué importa

cuánto sea tu «todo» y cuánto sea mi «todo»! Lo que importa es que tú *nada* te reservas, al igual que yo *nada* me reservo.

2. Mirar al cielo, sin dejar de hacerlo a la tierra

«Que esta situación que sufrimos nos ayude a elevar los ojos al Cielo, sin separarlos de la tierra para ayudar a los demás» (D. Ernesto Juliá, sacerdote).

Son los «dos maderos» de la cruz. El «vertical», que nos une a Dios y nos salva, y el «horizontal», que nos une a los demás y por él nos salvamos. Estos días, contempla el cielo dos o tres minutos y piensa que allí: «Él enjugará toda lágrima de tus ojos y no habrá ya ni sufrimiento, ni muerte, ni dolor» (Ap 21,4). Después, vuelve tu vista a la tierra y llama o escribe, cada día, a los dos o tres que consideres más necesitados de tu entorno.

3. Haz lo que puedas... y el resto déjaselo a Dios

«Haz lo que puedas, pide lo que no puedas y Dios te dará fuerzas para que puedas» (San Agustín).

¡Maravilloso consejo! Parece que san Agustín lo escribiera para nosotros hoy. Acción, oración, confianza. Una bella trilogía que alivia toda situación. ¡Pongámosla por obra!

4. El deseo irrenunciable de mejorar

Toda persona puede mejorar. Y toda tarea humana es susceptible de ser mejorada. Tú y yo podemos mejorar como padre, madre, esposo, hija, abuelo, nieta, pariente, amiga, compañero,

vecina, ciudadano... También podemos mejorar en todo lo que hacemos... en un trato más pendiente de los demás, un trabajo mejor hecho y una oración mejor rezada. En esta inesperada cuarentena podemos dar un «salto de calidad» en cada una de nuestras relaciones personales, en nuestros quehaceres profesionales y deberes sociales.

5. Buscar a Dios, encontrar a Dios

El mundo –al menos este mundo occidental, que se había vuelto tan soberbio, prepotente y autosuficiente– ha querido prescindir y vaciarse de Dios y se ha visto vacío, asimismo, del hombre. ¡Ojalá que en esta situación de desconcierto y consternación que hoy sufrimos, cada uno de nosotros encuentre –y se encuentre– con Dios, se descubra como *imagen y semejanza* Suya y se disponga a ayudar a todo el que esté a su alrededor.

6. Ayudar al otro a ser mejor

«Trata a los demás como si fueran lo que deben ser y les ayudarás a convertirse en lo que son capaces de ser» (Goethe).

¡Qué fácil es reprochar, qué difícil estimular! Qué poco se logra con la mera crítica, cuánto más se consigue con el constante aliento. ¿Quieres ayudarle a mejorar? Predica con el ejemplo y dirígele una delicada moción, casi imperceptible, de ánimo y confianza en él.

7. *El deseo de creer*

«Lo confieso, yo no he vivido la falta de fe con desesperación... Sin embargo, siempre la he sentido como una profunda injusticia que priva a mi vida —ahora que he llegado al momento de rendir cuentas—, de cualquier sentido. Si mi destino es cerrar los ojos sin haber sabido de dónde vengo, adónde voy y qué he venido a hacer aquí, más me valía no haberlos abierto nunca... Mi confesión... es la declaración de un fracaso» (Indro Montanelli).

Es el periodista italiano más importante del siglo pasado. Su testimonio aparece en el libro *¿En que creen los que no creen?* Pese a su «queja/confesión», en la que considera, con desgarrro, que su «no creencia» es una *profunda injusticia*, y después leerle decir: «...ahora que he llegado al momento de rendir cuentas», creo que Montanelli era un «profundo creyente». *Todo el que desea creer, ya cree, aunque crea que no cree*. Podemos, además, aprovechar su sentimiento en esta pandemia. Cuando nos angustie la muerte, ¡tan presente estos días!, renovemos nuestra creencia de dónde venimos y a dónde vamos. Y recitemos, con paz, a uno de nuestros clásicos, Jorge Manrique:

*Este mundo es el camino
para el otro, que es morada sin pesar
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada sin errar.*

8. *Solo se es feliz en compañía*

«No se goza de la posesión de ningún bien si no es en compañía» (Séneca).

En estos terribles días, para los que no hemos sufrido la pérdida de un ser querido ni hemos caído enfermos; para los que tenemos nuestras necesidades básicas cubiertas y no estamos en la primera línea combatiendo, porque otros nos permiten estar en casa «al resguardo», nuestra mayor tristeza es no poder disfrutar de la «compañía» de nuestra familia y nuestros amigos. Esos abrazos, besos, sonrisas; esas comidas, sobremesas y charlas, todo eso que, por cotidiano, considerábamos *normal*, hoy somos capaces de contemplarlo como un *regalo* que, tal vez, no apreciábamos demasiado. ¡Ojalá que su carencia hoy, nos haga descubrirlo cuando vuelva, como un *don* inapreciable que debemos valorar al máximo, cuidar al límite y gozar en plenitud!

9. *No busques la felicidad lejos... la tienes muy cerca de ti*

En la lengua *fiyiano*, de las Islas Fiji o Fiyi, hay quince palabras para referirse al paraíso. Y en el idioma *sioux* hay doce para mencionar a los caballos. En nuestra maravillosa lengua española, he encontrado estas voces para describir la *felicidad*. Presentan distintos matices: *contento*, *júbilo*, *alegría*, *alborozo*, *algazara*, *entusiasmo*, *regocijo*, *diversión*, *esparcimiento*, *regodeo*, *satisfacción*, *hi-*

laridad, albricias, aleluya, jocosidad, risa, juerga, ventura, dicha, disfrute, ultreya, euforia, exultación, gozo, hosanna. En este tiempo de cuarentena, podríamos proponernos encontrar cada día dos o tres acciones, motivos o, mucho más importante, *personas* que nos han hecho «hoy» *felices*. Y una vez «descubiertos», podríamos calificar con una voz —de entre ese elenco de sinónimos— la «clase» de felicidad que hemos sentido.

10. Esa Esperanza que nos da la paz

«Se nos ha dado la esperanza, una esperanza en la que podemos confiar, gracias a la cual somos capaces de afrontar nuestro presente. Incluso aunque sea un presente doloroso, podemos vivirlo y aceptarlo si conduce a una meta, si estamos seguros de esa meta, y si esta es tan grandiosa (la vida en el cielo) que es capaz de dar sentido a todo sufrimiento en nuestro camino terrenal» (Encíclica *Spe salvi*, de Benedicto XVI).

Te animo a leerla despacio y, algunos párrafos, a releerlos. Es de los textos espirituales que me ha dado mayor paz y consuelo. Desde esa Esperanza, nada te parecerá irremediable por más miedo que le tengas, y nada te parecerá absurdo por más que no entiendas.

Y ESTALLÓ EL BIEN

Fco. Javier Valiente Moreno, SDB
Subdirector de «El Día del Señor» (RTVE).

Las cifras al principio quedaban lejos. Veíamos los círculos crecer en los mapas de los informativos y periódicos. Pero estaban lejos, en ciudades cuyos nombres eran difíciles de pronunciar. Era su problema. Como casi siempre, este tipo de calamidades pasan allí, en países menos desarrollados, menos organizados y con menos recursos. Pero, poco a poco, el problema se fue haciendo más cercano. Empezaba a afectarnos. Y comenzamos a utilizar, cada vez más, palabras como pandemia, confinamiento, aislarse, *coronavirus*, respiradores, mascarillas, *ucis*...

Y llegó el miedo.

Y se cerraron colegios, oficinas, fábricas, calles, ciudades, hasta las iglesias. Y los hospitales llenos, y el ejército, y ataúdes, y dolor y enfermedad y muerte. Y nos fuimos acostumbrando a vivir en casa, a socializarnos a través de ventanas y balcones. Seguimos sintiendo el miedo ante una situación que nos descoloca, que trae paro, enfermedad y, ¡ay!, también muerte.

¡Cuántos seres queridos han fallecido, muchos de ellos en la soledad de un hospital! Despedidas virtuales, a distancia, pena y sufrimiento sin el consuelo de expresarlo y compartirlo.

Y de pronto estalló el bien.

En medio de tanto dolor y desesperanza, nos encontramos con riadas de gestos de solidaridad y esperanza. No podemos quitar ni un ápice al dolor y a las situaciones de desamparo que estamos viviendo. Tampoco esconder las críticas a las diversas administraciones públicas, a los agentes políticos y sociales por cómo están afrontando y gestionando esta situación. Pero junto a eso, no podemos esconder que estalló el bien.

Y descubrimos quién era nuestro prójimo. Especialmente en las grandes ciudades, donde vivimos casi sin saber quién está a nuestro lado, nos dimos cuenta de que existían los vecinos. Nos sentimos solidarios, compartiendo el mismo destino, con esas familias que apenas veíamos en el ascensor o con las que nos cruzábamos en los descansillos del bloque. Y empezamos a pensar en cómo le afecta una situación así a esa persona mayor que vive sola, a esa pareja que tal vez tiene menos recursos, a esa familia con hijos pequeños, a esa otra con los abuelos en casa y con poco espacio para compartir.

Y antes de que lo sugirieran los eslóganes oficiales, muchos empezaron a ofrecerse a otros para

hacerles la compra, para que no salieran de casa. Especialmente muchos jóvenes se han ofrecido a los mayores del vecindario para ir en su lugar a la farmacia o al supermercado. Nos hemos dado cuenta de que el prójimo sigue siendo el que está próximo a nosotros; el que precisamente, en momentos de dificultad, puede estar cercano para arrimar el hombro.

Y nos hemos dado cuenta de que ahí, siempre ahí, está la familia. Estamos viendo tantas formas de hacernos presentes para estar en contacto con los nuestros... Hemos visto a nietos enseñando a usar las videollamadas para poder comunicarse con los abuelos; los grupos de *wasap* de las familias echan humo de mensajes para ponerse al día de cómo se encuentra cada uno. Y sentimos la añoranza de no poder estar juntos, de no poder abrazarnos, esos gestos sencillos, rutinarios, a veces hechos por compromiso, que ahora nos hemos dado cuenta del valor que tienen.

Y estalló el bien en cientos de maneras de ayudar a superar este momento oscuro. La creatividad se multiplicó para ayudar, para hacer más llevadero el confinamiento. Y dentro de la comunidad eclesial surgieron cientos de iniciativas de todo tipo. Y si los templos estaban cerrados para evitar riesgos de contagio, la Iglesia, toda la Iglesia, estaba más abierta que nunca.

Las Cáritas se pusieron manos a la obra para seguir ayudando a los más necesitados. Obispos, sacerdotes y comunidades religiosas aprendieron deprisa a realizar retransmisiones en directo de momentos de oración y eucaristías para estar cerca de los fieles. Conventos, asociaciones y grupos de todo tipo se lanzaron a echar una mano en lo que hiciera falta, cosiendo mascarillas, haciendo comida para llevar a personas con menos recursos, acogiendo a «sin techo»... La creatividad pastoral está inundando las redes sociales de propuestas para vivir la Semana Santa, para rezar, para entretener. Y los capellanes de hospitales, cementerios, y voluntarios se vuelcan en estar cercanos, en acompañar, en sostener el dolor y el llanto del alma de enfermos y familiares.

Y estalló el bien porque así, de pronto, hemos descubierto que había trabajadores esenciales. Y nos dimos cuenta de que no eran gente famosa, con sueldos fabulosos, ni los que más espacio ocupaban en los programas de la tele o las revistas. Trabajadores esenciales que eran agricultores, cajeras o reponedores de supermercados, repartidores, gente de limpieza y, claro, todas las personas que trabajan en sanidad, seguridad... El mismo Papa, el Domingo de Ramos, pedía a los jóvenes que reconocieran a todas esas personas cuyo denominador común es trabajar en el servicio a los demás. Nos hemos dado cuenta, ojalá no lo olvidemos, de quiénes son «esenciales»,

acostumbrados como estábamos a convertir en «esencial» a cualquiera.

Y, sí, estalló el bien. En medio de estas circunstancias, en medio de la controversia política, en medio del dolor, estalló el bien. Y en hacer que estallara han contribuido muchas personas, grupos, instituciones, a los que les mueve el llevar el amor de Dios a la vida. Los creyentes sabemos que la Vida vence a la muerte; que la esperanza es posible porque confiamos en el Buen Padre Dios que se cuida de nosotros. Sí, incluso en los momentos más turbulentos. Y se cuida Él porque siembra los corazones de muchas personas para que hagan el bien a otros. Y es que su luz inunda los corazones. Pasarán estos días, estos momentos difíciles; tendremos que leer qué nos ha sucedido, mirar este tiempo desde los ojos de Dios y reconocer que, a pesar de todo, estalló el bien.

... Y RESULTA QUE YA ÉRAMOS FELICES

Auxi Rueda Vega

Directora de comunicación de la diócesis de Ávila

Todo este tiempo buscando la tan ansiada felicidad, recorriendo caminos en busca de una meta que nunca se avistaba en el horizonte... y resulta que ya éramos felices.

Buscábamos la satisfacción del dinero, los viajes, las compras, un estatus social basado en el «yo tengo, yo poseo, yo gasto». Pero esos chispazos de satisfacción se desvanecían a la misma velocidad que el azucarillo del café que nos tomábamos cada mañana antes de ir a trabajar. Buscábamos el éxito social, el reconocimiento público, la fama, para después caer del pedestal inestable de nuestro ego. Buscábamos ser felices en fiestas y salidas con amigos y cargábamos con desgana y desdén con la obligación autoimpuesta de las comidas familiares de fin de semana.

Y, al no encontrar esa felicidad, nos frustrábamos a menudo. Y criticábamos nuestra vida, nuestra rutina, lo cansado que era madrugar, lo que nos agotaba llevar a los niños a extraescolares una y otra vez. Las mismas tareas, las mismas comidas, las mismas caras día tras día, las mismas

obligaciones. «¿Eres feliz?», nos preguntábamos a menudo, comparándonos con las vidas impostadas de quienes practican el arte del maquillaje social. Pocas veces la respuesta era afirmativa.

Pero ahora es la vida la que se ha rebelado contra nosotros. Y nos ha puesto una señal de *stop* de proporciones descomunales. Y ahora, solo ahora, cuando el silencio sobrecoge y los pensamientos se agolpan, entendemos que éramos felices... y no supimos verlo.

Y empiezas a echar de menos los besos, los abrazos. Empiezas a añorar el compartir la pae-lla del domingo con los abuelos, el café con tu padre, las risas en la cafetería de siempre. Y te descubres levantándote a la misma hora que de costumbre, deseando poder coger el coche y llegar a ese trabajo que tanto te falta ahora.

Y pasas horas tirado en una alfombra, jugando con esos hijos a los que no solías ver a diario más que unos cuantos minutos que malgastabas a menudo insitiendo hasta la saciedad en que se encerraran en su cuarto a hacer los deberes. E inventas mil recetas, bailes, sesiones de manicura improvisadas, carreras por el pasillo, fiestas de pijama que duran horas. Y lo mejor de todo es que disfrutas con ello.

Y se nos escapa una lagrimita furtiva cuando ese sordo silencio que te acompaña a lo largo de todo el día se rompe abruptamente a las ocho de

la tarde. Y ves que en el bloque de enfrente, ese al que apenas mirabas, hay gente que te saluda y te anima.

Y descubres que el cumpleaños perfecto no es aquel en el que terminabas en un restaurante carísimo, o tomando copas en el bar de moda, cuando tu padre te llama entre lágrimas para agradecerte que hayas enviado a los chicos de Protección Civil a felicitarle debajo de su balcón, trovadores del siglo veintiuno que le hicieron llegar el mejor regalo posible en un día tan especial: el amor de una hija en forma de mensaje improvisado desde un megáfono.

Y notas una punzada dentro al recibir mensajes y llamadas de gente con la que apenas tenías contacto (algunos que ni conoces en persona) sólo para saber cómo te encuentras. Para que sepas que están ahí. O cuando suena el telefonillo y una voz te dice que mires en el ascensor, por el que mágicamente aparecen tartas caseras, tortillas de patata y *tuppers* llenos de comida que alimentan el alma.

Y descubres que, lejos de pensar que todo esto es un castigo divino, Dios está ahí, junto a cada uno de nosotros. Está en las manos cansadas del personal sanitario. Está en el trabajo de transportistas y comerciantes. Dios está respirando por nosotros en las *ucis* de los hospitales. Lloro las mismas lágrimas de quienes pierden a sus fami-

liares y muere también con cada víctima de la covid-19. Sufre cuando ve el dolor de quien tiene dificultades para conseguir alimentos y tiene el mismo miedo e incertidumbre de quien no sabe qué va a pasar con su trabajo.

Pero Dios también está por la tarde en cada balcón, aplaudiendo cada uno de esos pequeños gestos que hacen la vida mejor. Está en las llamadas de teléfono a nuestros mayores. Está en nuestra ventana cuando rezamos entre lágrimas implorando que deje de morir tanta gente. Nos escucha. Nos comprende. Está ahí, y podemos notarlo.

Es la gran lección que nos está dando esta crisis. Nuestra gran oportunidad. Hemos tenido toda la riqueza del mundo en la palma de la mano y jamás la hemos sabido valorar adecuadamente. Hasta ahora.

Pero, ¿sabes qué? Que de ti depende que aquello que está siendo fundamental para tu día a día durante la cuarentena siga siendo lo esencial para el resto de tu vida. «A un hombre le pueden robar todo menos una cosa, la última de las libertades del ser humano: la elección de su propia actitud ante cualquier tipo de circunstancias, la elección del propio camino», decía el psiquiatra Viktor Frankl tras sobrevivir a los campos de concentración de Auschwitz y Dachau.

Tenlo claro: la actitud que tomemos ahora determinará nuestro futuro y pondrá esa felicidad que anhelábamos a la altura de nuestros ojos. Pero solo si sabemos verla con la mirada adecuada. Porque todo esto pasará y tendremos que aprender a vivir de nuevo, a caminar, a soñar, a reír, a abrazar. Aprender a ser. Con la ventaja de que la vida nos ha hecho ya el gran regalo de tener la oportunidad de que este duro aprendizaje nos convierta en mejores personas.

Piensa en lo maravilloso que será el día en el que salgas de tu casa y notes el sol en la cara. O huelas a lluvia por primera vez. Ese nuevo primer beso. El reencuentro con los compañeros. Piensa en el olor de ese café de las mañanas, el tacto del teclado del ordenador de tu despacho, los parques llenos de niños. Las calles llenas de vida. Y entonces sabrás que, por fin, has encontrado esa felicidad plena que solo te dan las pequeñas cosas. Y así, solo así, todo esto habrá tenido sentido.

Y LA VIDA SONRIÓ EN SUS OJOS VERDES

Carlos González García

Escritor y periodista

—Pero si Dios me ha tenido aquí durante 102 años, ¿para qué va a necesitarme ahora, en el cielo, con la de gente buena que está llegando allí?

Yo sonreí, sin miedo, en el mismo latido que ella. Porque si su partitura se escribía cada mañana en *Sol mayor*, mis ojos —que aprendieron a dar sus primeros pasos en *Mi menor*— debían trazarse al son de su inmarcesible caricia. Y a tono, claro. Sin flaquezas de otras batallas. Solo así, al despertar de la nota clave, nacen las mejores melodías...

—No friegues mi taza de leche y guárdame un trocito de bizcocho de limón, ¿eh? Que yo pienso volver... —me dijo, desde la ventana.

Fueron las últimas palabras de Paquita antes de llegar la ambulancia que la trasladaría, en menos de veinte minutos, al hospital Puerta de Hierro. Otra vez. Aunque habían pasado más de dos meses desde la última vez. Y ese preciso detalle, acaecido en el tiempo de descuento, y también de confinamiento, es un verdadero regalo.

El primer informe era contundente: principio de alzhéimer, diabetes, cardiopatía isquémica, enfermedad pulmonar obstructiva crónica, artrosis... «Vamos, una joya para la ciencia», pensaba para mí, mientras veía pasar el baúl de los recuerdos de su vida ante mis ojos cerrados. Eso sí, a aquellos sanitarios se les olvidaba apuntar en esa reseña hospitalaria un detalle esencial acerca de su salud, el más importante de todos: era feliz y dependía de la sonrisa para mantener sus preciosas arrugas a salvo.

Yo estaba tranquilo, pues intuía que su respiración entrecortada moraba en buenas manos. Y no por mí, sino por la mar confiada donde nadaban en invierno sus ojos. Cinco asientos por delante de mí, una señora se peleaba con las gomas corroídas de una mascarilla que no tenía muchas ganas de estar en el hospital. A tres metros de ella, un niño asustado con los carrillos cobrizos buscaba de reojo la mirada de su madre, que estaba distraída con su teléfono. Y a siete asientos de esta, un sacerdote revestido de negro inconmovible y con rostro hastiado miraba al techo, como si estuviera buscando —en lo profundo del dosel— la puerta de algún cielo anhelado. Un paisaje, sin duda, profético para cualquier pintor con ganas de vestirle la piel al otoño. Y yo allí, esperando que la vida volviese a sentarse en mi asiento de al lado.

Paquita tardaba en salir, pero yo no tenía prisa. ¿Para qué ocuparme del tiempo si nunca había visto las manillas de su reloj? Así que descansé mi cabeza en el ventanal que tenía al lado, me quité los guantes y acaricié con ternura el anillo que, desde hace 25 años, acompaña el dedo anular de mi mano derecha. Ese gesto encarna en mis entrañas el recuerdo de mi abuela, quien puso en mis manos esa alianza antes de abrazarse al Amor. Al final, el querer va dejando, a su paso, las marcas de su sentir para que nunca nos perdamos del todo por el camino de la vida...

—Familiares de Francisca Abril, por favor, sigan la línea azul.

Era el momento de volver. No sabía hacia dónde, pero sí hacia qué. Sin querer, habían pasado siete horas y treinta y siete minutos en aquella sala, y tras veintinueve días enclavado en mi casa, sin abrazar a mis padres, hermanos y amigos, y viendo solamente a mi vecina cada tarde a las 20:00 horas para aplaudir juntos, todo lo que pudiera venir sería, sin duda, asombroso. Y mejor. Seguro que mejor.

Poco a poco, fui rozando el borde de la línea azul. La raya tenía grietas, y signos de frenazos, y partes sin apenas color; supongo que el paso de los años también daña lo que parece inquebrantable. Seguí el rastro. La tarde había caído un par de horas atrás, y apenas quedaba luz natural

donde descansar el corazón del cansancio. Pero proseguí mi camino.

—Perdón, ¿adónde se dirige?

Entendí levemente aquellas palabras tan rudas que un señor con mascarilla y guantes negros me estaba dirigiendo. Y no por el idioma o la sintaxis, sino por la forma tan poco compasiva de componer los pedazos. Entonces, miré hacia atrás, seguí la línea hasta el preludio y pensé en las veces que Paquita había conseguido levantarse, superar todos los obstáculos que la vida le había puesto en el camino y cumplir cada uno de sus sueños.

—Voy a ver a una amiga, señor. A mi amiga Paquita, la del pelo blanco y los ojos esmeralda.

Seguro que me esperaba al fondo. Anduve. Tan solo faltaba un poco más. La dichosa línea parecía no tener fin. Y, de repente, cuando levanté la mirada, allí estaban ellos en medio del camino: la mujer irascible, el niño bonachón y el cura apenado. Todos en orden, como quien espera el tren con destino al mar un 1 de agosto de 2020. Y yo, que era un amante de la marea, me puse el último de la fila. En ese momento, una camilla empujada por el señor de la mascarilla y los guantes negros se puso a nuestro lado. Paquita sacó la cabeza de la manta y posó, sobre nuestra fatiga y nuestra angustia, su sonrisa desnuda, la

del aplauso de las ocho y la de la leche con bizcocho de limón. Y la vida sonrió en sus ojos verdes.

Crucé su mirada y, en un susurro de alegría, llegué al final de la línea azul. Solo. Y, cuando iba a dar el último paso, observé un precipicio infinito, con un precioso bosque púrpura y con cinco pajaritos mirándome al cantar. Al saltar, un latido tañendo a destiempo dentro de mi pecho me desveló al borde de mi cama... No podía ser, pero sí. ¡Desperté! Todo había sido un sueño...

Esa noche, la vigésimo novena sin ver al cielo amanecer como de costumbre, entendí la importancia de saber esperar, contra toda desesperanza, hasta que todo esté en su lugar. Debía esperar a que la señora —que era asmática— se acomodase la mascarilla que le impedía respirar, a que la mamá abrazase a su niño —que estaba asustado porque su abuelo se olvidaba de recordar— y a que el sacerdote volviese a sentir la paz del amor primero —que había perdido con la partida de su mejor amigo—. Porque solamente con el corazón latiendo en paz, tras haber sostenido los ecos cansados de una guerra, es posible volver a abrazar con la ternura con que un niño, al nacer, abraza sin ver a su madre.

Tal vez, tenemos muchas Paquitas enfrente de nuestras casas, en nuestras propias familias o en alguna de las letras de la palabra amistad. Paquitas que esperan la mano de alguien que quie-

ra aplaudir con ellas, que les acompañe hasta el hospital o que deje todas sus ocupaciones para compartir con ellas su orfandad. Paquitas de 102 años, de *Víacrucis* con mandil o de rosarios a la Virgen Dolorosa. Ella, quien ahora espera una sonrisa mía al otro lado de mi almohada. Y Ella, quien esta vez, aun siendo la Madre de Dios, ha visto —en soledad— cómo su Hijo se hace carne, amor crucificado y sepulcro vacío en las camas sufrientes de hospitales sin ruido.

Duele, pero sana. Como la sonrisa de Paquita. Y no, esto no es un sueño. Esta ha sido la Semana Santa más bonita, más sentida y más verdadera que nunca.

LA LECCIÓN DE YODA

Inma Álvarez Mira

Responsable de la edición española de «Aleteia.org»

Estar encerrada en una casa con niños tiene una ventaja: es una buena excusa para volver a sentirme niña y disfrutar del recién estrenado canal de Disney sin complejos. Fuera convenciones: con los pequeños de la casa caen todas las máscaras que muchas veces nos ponemos al salir por la puerta.

Así que, sí, he vuelto a ver *La Guerra de las Galaxias* en sesión continua. Y me ha vuelto a impactar la escena en la que Yoda, el simpático entrenador de Luke en los menesteres *jedis*, le invita a entrar de repente en un lugar especialmente tenebroso y frío.

—¿Y qué encontraré en él? —pregunta el joven aprendiz.

—Solo lo que lleves contigo —responde el entrañable enano verde.

La respuesta es tan aterradora que el *Jedi* en ciernes decide entrar armado y a la defensiva. Y, efectivamente, lo que encuentra es lo más terrible que podría imaginarse, así viajase por el espacio infinito a miles de años luz: se encuentra a sí

mismo; en realidad, a lo peor de sí mismo: a ese señor oscuro que lleva dentro y contra el que tendrá que luchar la verdadera batalla que decidirá el futuro de la galaxia.

Me resulta muy inspirador este pasaje para la «Tercera Guerra Mundial» con *Netflix* y sofá que estamos viviendo estos días. Nadie podría haber imaginado mayor ejercicio de psicoterapia colectiva que obligar a millones de personas a encerrarse en su casa consigo mismas y con sus seres queridos durante días y días. Los primeros días, si uno estaba estresado del trabajo, cayeron como unas vacaciones anticipadas. Para los niños, una auténtica fiesta inesperada. Esa fue la fase uno: euforia y exaltación de la amistad.

Pero después llegó la fase dos: este universo restringido y al mismo tiempo infinito que es la familia empezó a mostrar signos de rebelión, de cansancio, de necesidad de normas, horarios y reparto de tareas domésticas para evitar una decadencia generalizada. De reconstruir el concepto de tiempo —«mamá, ¿en qué día estamos?», empiezan a preguntarme— y de espacio —los metros cuadrados de intimidad se subastan encarnizadamente a diario—. De luchar cada día para no acabar una abandonándose al pijama eterno y las vigiliass trasnochadas, consciente de que tiene que ayudar a los suyos a vivir una cierta «normalidad» e intentando, a la vez, no caer en el pesimismo ante las duras noticias que llegan del universo exterior.

¿Qué encontraré en este largo encierro entre cuatro paredes? La respuesta vuelve a resonar, inquietante: solo lo que lleve conmigo. ¿Tengo paz? Lo viviré con paz. ¿Llevo conmigo esperanza? Allí la mantendré. ¿Hay amor en mí? Allí me estará esperando. ¿Llevo debilidad? Me volveré a tropezar con ella. ¿Mi relación con mis hijos es superficial? Eso será lo que me encuentre. ¿Mi matrimonio hace aguas? Con ellas me mojaré. ¿Me da miedo la soledad? En sus brazos me hundiré. Suena aterrador, ¿verdad?

Hubo un pueblo que también fue de repente arrancado de su trabajo y su rutina diaria, hecha de ladrillos y cebollas, y después de atravesar un mar iniciático se vio empujado a un desierto inacabable y aterrador. Dicen los antiguos sabios que lo más terrible no era el calor ni el camino: era la soledad. Sin poblados ni estaciones de servicio, sin enemigos con quienes pelear ni oasis en los que construir un futuro, sin templos ni dioses a los que adorar ni campos que sembrar. Sin ninguna distracción exterior. Este pueblo se encontró con su peor enemigo: consigo mismo. Y con la incapacidad de confiar en ese Dios que le cuidaba por el camino.

Cuarenta años le costó a ese pueblo conocerse un poco a sí mismo y prepararse para la misión que le esperaba allende el Jordán, que no era otra que la de aprender a habitar con rectitud de corazón en su propia tierra. Y como la Providencia

no da puntada sin hilo, supongo que el hecho de que Cuarenta, Cuaresma y Cuarentena sean primas hermanas semánticas no es casualidad.

Quiero pensar que, después de este encierro, ya no seré la misma. Me habré conocido un poco más después de pelear con mi lado más oscuro. Habré descubierto qué es lo que llevo conmigo en este camino de la vida. Habré sabido mirar en mi interior, en lugar de espiar si los vecinos se saltan o no la cuarentena. Habré velado en la distancia a las miles de personas que luchan por salvar a sus semejantes, habré estado presente para los míos en lugar de perderme en los laberintos de *Netflix*. Y habré aprendido a habitar con rectitud de corazón mi propia tierra, mi existencia, que no es solo una herencia de mis padres, sino también un préstamo de mis hijos.

¡Me siento un poco *Jedi* esta Semana Santa! Qué distinto es este encierro sabiendo que la verdadera batalla interestelar, la eterna, mía y de cada uno, se libra entre estas cuatro paredes y no fuera. La batalla de la luz contra la oscuridad de la que depende toda la galaxia. La batalla por levantarme y seguir luchando por ser la mejor versión de una misma; lo que los sabios llaman santidad.

—¿Es más fuerte el lado oscuro?

—No. Más rápido. Más fácil. Más tentador. Pero no más fuerte.

ESPERANZA ES NOMBRE DE MUJER

Faustino Catalina Salvador
Redactor Jefe de programas religiosos (COPE)

*(Nota previa: les animo a escuchar,
al tiempo que leen estas líneas,
la suite «La vita é bella»
de Nicola Piovani)*

Son estas dos historias, de mujer y con un nombre: Esperanza.

Nunca olvidaré en mi vida cómo amanece en África, al borde del lago Malawi, donde en pocos minutos el sol brota del horizonte rompiendo la oscuridad y convirtiéndose en rayo de luz y de vida. Y no muy lejos de allí, cuando el milenio anunciaba cambiar sus dígitos, en Mtengo Wantenga conocí a un mujer que, cada minuto del día, se dejaba la vida y la piel luchando contra el sida en un hospital perdido en la estadística en un país empeñado en salir adelante y vivir al día, cada día.

Esta mujer no llegó allí por casualidad, aunque pasó allí tres décadas de su vida, tras formarse como enfermera y comadrona, para terminar como responsable y directora —qué más da— de lo que en Europa podríamos llamar un hospital. Habitaciones corridas donde recuerdo que, con

sonrisa y cariño, atendía a los hombres y mujeres enfermos y a sus familias, que en los alrededores esperaban una palabra de aliento e ilusión mientras contemplaban cómo la vida se iba en aquellos a quienes más querían, a la espera de que llegaran los retrovirales.

Picaduras de serpientes y alacranes, mordeduras de hiena, epidemias de tifus y cólera, la malaria que sufrió una y otra vez en su cuerpo y el VIH que avanzaba sin freno fueron retos de cada minuto, cada hora y cada día en su trabajo de compasión y misericordia, y lo afrontó siempre con una sonrisa con quienes no tenían nada, sólo la vida.

El presidente de Malawi, Haztings Kamuzu Banda, visitó un día su hospital y, tras ver a las madres y niños enfermos de sida, se le abrieron los ojos. A partir de entonces todo empezó a cambiar. Y a mejorar.

De vuelta a España, tras superar sus problemas de salud, puso manos a la obra con la organización Pueblos Unidos de los jesuitas para ayudar en lo posible a los jóvenes internados en el CIE de Aluche, jóvenes llegados, sobre todo, de países africanos, que buscaban una vida y un futuro mejor. Cree que se lo debe desde que llegó de África y en ello está en estos años.

A quien ha superado epidemias de tifus y cólera, un cáncer de pecho y otro con extirpación

de útero, la malaria o problemas de corazón, sólo le quedaba sufrir también la pandemia del siglo XXI, la enfermedad causada por el *coronavirus* SARS-CoV-2. Ha pasado por el hospital de La Paz y el hospital del IFEMA. He intentado en varias ocasiones hablar con ella, le he enviado un wasap, pero tiene el buzón lleno, demasiado pequeño para su gran corazón. Aunque sí ha lanzado desde allí un mensaje claro: «Dios está en el hospital» y, como santa Teresa, piensa que lo que nos pasa «no es más que un mala noche en una mala posada».

Esta es la historia de una vida de entrega y esperanza, la de Brígida Moreta Velayos, carmelita misionera teresiana, que vio la luz en la localidad abulense de Cardenosa hace 75 años.

La segunda historia también tiene nombre de esperanza.

Una historia ya conocida para muchos pero que, por lazos familiares y profesionales, quiero ahora compartir. Fue en la mañana del 17 de octubre de 1991 cuando un brutal atentado de ETA cambió la vida de María Jesús y su hija. Recibí la noticia en el hospital 12 de Octubre, donde, a esa hora, pasaba consulta médica con mi hijo.

Tres días más tarde, Manuel Antonio Rico, entonces director y presentador del informativo *La linterna* en la cadena COPE, me animó a llevar mi grabadora y entrevistar a María Jesús en

el hospital. Fueron algo menos de tres minutos interrumpidos por una llamada telefónica entre madre e hija, internada en el hospital Gómez Ulla, en la que se animaban y compartían la alegría de vivir sin saber todavía nada concreto la una de la otra, pero ya pensando en verse pronto y poder viajar. Me temblaban las piernas aquella noche pero sabía que su testimonio, como así quedó patente desde entonces, era una apuesta por la vida a partir del perdón a quienes habían cambiado para siempre su futuro. Madre e hija tenían ya claro que con odio y rencor no se podía vivir. Y lo demostraron.

Su hija, además de estudiar psicología y periodismo, ser madre de tres hijos y ganar campeonatos en esquí paralímpico, ha escrito libros, pronunciado conferencias y participado en encuentros con quienes necesitan una palabra o un consejo para superarse y sacar lo mejor de sí, desde personas con minusvalías hasta equipos de fútbol como el Atlético de Madrid. Su pensamiento es claro y nítido: por muy mal que la vida nos trate, siempre hay un rayo de luz y de esperanza para salir adelante, porque hay que «saber que se puede».

Esta protagonista con color esperanza es Irene Villa.

DIOS ES...

Silvia Rozas Barrero, FI
Directora de la revista «Ecclesia»

Pasamos la vida buscando a Dios, creyendo que está en los grandes acontecimientos, esos que producen un gozo enorme, un ruido tan grande que tienen que abrir todos los telediarios del mundo y aparecer en las portadas de los mejores periódicos. En realidad, esta es la lógica del ser humano, muy lícita, por cierto, si pensamos desde los valores que nuestra sociedad proponía hasta ahora: éxito, buena fama, individualismo... Pero los cristianos sabemos que Elías experimentó a Dios en la brisa suave. Pasó un huracán, pasó un terremoto, pasó el fuego... pero allí Dios no estaba.

Cuando comenzó esta pandemia muchas personas se preguntaban: «¿Dónde está Dios?». Una pregunta muy humana, sobre todo cuando el dolor desgarrar los corazones. ¿Dónde está Dios? Lo fácil es esperar que un dios cualquiera terminase con esta tragedia como si de un mago se tratase, que con una varita mágica hiciera desaparecer todo aquello que nos altera, que no entendemos y que nos molesta demasiado. Pero ese no es el

Dios de Jesús de Nazaret. Si algo estamos experimentando durante las semanas de confinamiento, es que vivimos en proceso, es que estamos haciendo un camino hacia lo profundo, un peregrinaje que cambia nuestra mirada y nos hace mucho más sensibles a los signos reales de Dios. Por eso, Dios está y nos susurra al oído.

Porque hoy Dios es un sanitario que dobla sus tiempos de trabajo para ayudar a los enfermos y a sus compañeros, que con abnegación cambia de un hospital a otro renunciando a lo seguro, que mira a los ojos a sus pacientes cuidando más y más la cercanía. Dios es sanitario y así, llena el vacío familiar de manera admirable.

Porque hoy Dios es personal de limpieza que, como cada día, no solo recoge aquello que constantemente desechamos, sino que ayuda a quienes deben trabajar para que no se contaminen ni contaminen a otros.

Porque hoy Dios es periodista y no se conforma con los datos oficiales ni con el recuento de muertos, sino que, saliendo de sí mismo, ayuda a tejer historias de esperanza. Dios es periodista que sabe de dolores, de dramas personales y familiares, se sobrepone e intenta que el derecho a la información se cumpla.

Porque hoy Dios es personal de las Fuerzas Armadas, que siempre está disponible, que trans-

mite valores tan necesarios como el sacrificio, la valentía, el compromiso...

Porque hoy Dios es trabajador de un supermercado, es transportista y, atravesando el miedo, cuidándose para cuidar, sirve a la sociedad. Lo hacen siempre, pero hoy los vemos más porque hemos cambiado la mirada.

Porque hoy Dios es enterrador, quien despide con delicadeza, sosteniendo lágrimas, alentando tantas soledades y permitiendo que el silencio sea un adiós, hasta el cielo...

Porque hoy Dios es sacerdote y consagrado que escucha, que reza, que reparte alimentos, que llora sin palabras y soporta, en el mejor sentido de la palabra, el dolor de quien no puede despedirse de su familiar fallecido...

Porque hoy Dios es educador, es padre y madre que busca la mejor manera de ayudar a los niños a vivir este confinamiento. Dios es psicólogo que, gratuitamente, hace proceso con quien más lo necesita.

Porque hoy Dios es el poeta de las pequeñas cosas y de los detalles.

Porque hoy Dios es tejedor que, con hilos diferentes, va tejiendo historias de vida que nunca olvidaremos. Muchas son anónimas, ni las conoceremos; otras corren veloces por las redes so-

ciales. Historias de esperanza, historias que conmueven y que alientan nuestros pasos.

El pasado 4 de abril, @NataliaGNombela, Natalia García Nombela, coordinadora y profesora en la Escuela Europea de Oratoria y especialista en Oratoria, compartía en Twitter uno de esos relatos del corazón que habría que enmarcar. Un relato de pequeños detalles que ensanchan la vida de quien los recibe.

«No te conozco pero GRACIAS, por tu generosidad, solidaridad y valentía. Anoche un enfermero (no sé su nombre) de @hnhospitales fue a casa de mi tía para darle noticias de mi tío ingresado».

Quizá Natalia no era del todo consciente de que su «hilo» entraría a formar parte de un tejido de esperanza. Sus palabras son presencia de Dios, una luz en la oscuridad. Su tío es un paciente oncológico en tratamiento que, tras varios días con dolor y malestar, fue al hospital de Sanchinarro (Madrid) y allí, en la puerta, sufrió un infarto. Tras un cateterismo, ingresó en la uci. Tal como está la situación, el drama podía acentuarse: dolor, soledad, falta de comunicación... No había forma de contactar con la familia hasta que un enfermero consiguió la dirección de su casa y allí se presentó, dispuesto a informar en persona a la mujer del paciente. Su humanidad dio un paso más en generosidad y gratuidad. Desde allí llamó al móvil de una compañera de la uci para que el matrimonio pudiera hablar por teléfono. Y no

conocemos su nombre. Ojalá pudiéramos poner todos el nuestro...

Podemos imaginarnos la emoción de ese momento. Porque, queramos o no, el miedo se ha introducido en nuestras vidas al ritmo de tantas personas que la pierden. Y, a la vez, en nuestras casas se han colado valores tan básicos que parecen nuevos: la gratuidad, la generosidad, la solidaridad... Cuando todo el planeta está tocando la fragilidad con sus manos, resulta que hombres y mujeres descubrimos que es en las cosas pequeñas de la vida donde Dios se hace presente.

Así que, de tanto buscar a Dios, Dios nos encontró confinados, volviendo a nuestro ser, enfrentándonos a nuestros miedos y al vacío para hacernos ver que Él sigue presente enseñándonos que la esperanza camina por nuestras calles.

POR DIFÍCIL QUE SEA, TIENE UN SENTIDO

Javier Rubio Mercado

Director de la revista «Ciudad Nueva»

El mundo de la información se ha vuelto monotemático. La pandemia debida a la enfermedad provocada por el coronavirus empapa, o al menos impregna, toda señal informativa. De repente se ha desencadenado la imperiosa necesidad de saber de los demás, sobre todo de los que están distantes, tanto en el espacio como en el tiempo. ¿Cómo le irá a mi hermana con su marido, ahora que no puede llevarlo al centro de día? ¿Soportará este encierro forzoso con una persona demente a su cargo? Una videollamada quizás pueda aliviarla, porque mi hermana es habladora, muy habladora, y verbalizar lo que te pasa por dentro es siempre una buena terapia.

El doctor José Luis Guinot, médico oncólogo y presidente de la Asociación Viktor E. Frankl, de Valencia, ha publicado unas indicaciones sobre la «actitud ante la pandemia global». En ellas dice que conviene evitar las siguientes reacciones:

La huida: Si bien es verdad que «a ratos es una actitud necesaria, pues hay que tener oasis entre tanta información, hay que reír, bromear,

desprenderme de noticias difíciles de digerir», sin embargo «no nos podemos quedar ahí».

La amenaza: «El miedo –dice Guinot– se apodera y no nos deja vivir. Me atrapa el móvil y sus mensajes, desconfío de cada persona que me cruzo y que puede contagiarme». En estos días solo he salido tres veces de casa, no me ha costado mucho porque hace tiempo que me acostumbré al teletrabajo. Es verdad que las escenas en la calle y en el supermercado tienen algo de surrealismo cinematográfico, que cuesta un poco asimilar este estado de excepción que revoluciona nuestras costumbres y nuestro imaginario. ¿Estoy donde siempre o acaso me he metido en el rodaje de una película sin percatarme de ello? «Estamos cada vez más preocupados –prosigue Guinot– y antes de que pasen las cosas ya imaginamos escenarios terribles y somos nosotros los que contagiamos preocupación». Y es que estar pendientes solo del aumento de contagios y muertes puede dar alas a la imaginación y la mía es muy potente.

La pérdida: Cuántas críticas y cuánta desazón porque nos parece que somos el país que peor lo está gestionando. «Estamos desbordados, hemos llegado tarde y mal, ya no hay remedio. Esta postura catastrofista nos sume en la depresión», apunta Guinot. Comparar situaciones paralelas requiere parámetros equivalentes, pero ni todos los sistemas de salud son iguales, tampoco dentro de España, ni las coordenadas que definen una

sociedad son iguales a las de otra. Por eso «yo voy a lo mío y me olvido de lo que pueda necesitar el de al lado es la peor de las actitudes, porque pierde la esperanza y nubla la capacidad de decidir y actuar». Vale, admitamos que hemos cometido errores y que esto nos queda un poco grande, pero no tiremos la toalla.

La resignación: «No ve solo los negros nubarrones, está dispuesto a aguantar, pero se queda parado sin hacer todo lo que sus fuerzas y sus condiciones aún le permiten». ¿Qué pasaría si el contingente de sanitarios, cuerpos de seguridad, bomberos y empleados de distintos ámbitos que siguen al pie del cañón hubiesen caído en la resignación? Pero no, ahí siguen, peleando contra viento y marea. Resignarse puede llevarnos a la desesperación, nos hace víctimas de la situación y, con esa actitud pasiva, el organismo empieza a deteriorarse, mientras que solo el hecho de hacer frente a los problemas y «coger el toro por los cuernos» reactiva nuestro sistema inmunitario. ¡Al menos unos minutos de gimnasia diaria!

Para combatir estos posibles escenarios negativos, Guinot aconseja hacer un esfuerzo de voluntad, de modo que la parte racional de nuestro cerebro se imponga a la que teje nuestras emociones: «Hace falta –dice– una decisión firme y convencida, una actitud de lucha. Es, sin duda, la mejor de las actitudes ante esta crisis. Tengo algo que hacer, debo encontrar qué, preguntarme

cada día cuál es mi papel desde mi aislamiento, buscando las carencias de otros que me necesitan». Mi amiga María es médico y sus dos hermanas también. Una de ellas se deja la piel en la uci donde trabaja, las otras dos han tenido que aislarse por sospecha de contagio. En casa tienen a sus padres nonagenarios y con dolencias propias de la edad. La situación es angustiosa, pero ellas no quieren renunciar al papel que les ha tocado interpretar. Un buen ejemplo en este tiempo en el que abundan los héroes.

Toda situación, por difícil que sea, tiene un sentido, decía Viktor Frankl. Su vida en los campos de concentración demostró que sobrevivir no es solo un deseo, sino una realidad. «Siempre hay un motivo para seguir luchando —concluye Guinot—. “Unidos venceremos al virus”, se oye estos días. Hay que alzar esa voz y que resuene cada mañana en nuestra conciencia».

QUIZÁ NO HAYA OTRA OPORTUNIDAD

Sandra Várez González

Directora de comunicación de la Fundación Pablo VI

Escribo estas líneas en lo que podría ser un día cualquiera de mi vida. Sola en la cocina de mi casa frente a un documento en blanco. El olor del café. El sonido de las teclas mientras todos los demás duermen. Exprimiendo este tiempo de tranquilidad y silencio antes de que se desate la «locura», que siempre llega antes de lo que se espera. El desorden, el ruido, las risas y las peleas. Se rompió la concentración. La aventura de vivir con niños pequeños.

Podría ser un día cualquiera, sí, pero el sonido de una (otra) ambulancia lejana y el atronador silencio de la calle me devuelve a la realidad. Llevamos un mes de encierro, confinados, conteniendo la respiración y cerrando nuestra puerta para impedir que ese minúsculo enemigo que ha puesto el mundo patas arriba se meta en nuestras casas y en nuestras vidas.

Ha hecho falta casi un mes para asimilar que esta situación no es un sueño, ni una película, ni una distopía. Tras el *shock* inicial, vinieron la angustia, la parálisis, el miedo; después, la incer-

tidumbre, la búsqueda de información, la necesidad imperiosa de encontrar respuestas, cifras, soluciones y fechas que pusieran punto y final a esta historia. Porque la esperanza, mi esperanza y la de todos, tiene que venir de otros: de los que curan, investigan, de los que tienen en sus manos que este virus desaparezca. Porque los que nos quedamos en casa no podemos hacer más que eso: quedarnos en casa y esperar a que todo pase. Y mostrarles nuestro reconocimiento con aplausos cada día. Que para eso se parten el lomo por salvar vidas.

Mentiría si dijera que se ha ido el miedo o que no espero con ansia el final de esta historia. Pero ¿por qué no un para qué? ¿Y si este miedo, esta incertidumbre y este encierro no son una oportunidad?

Quizá sea la oportunidad de *revisar y cambiar* mi modo de vida. Una vida donde abunda la acción, pero falta la observación. Una vida donde las prisas, las rutinas y las responsabilidades me impiden parar, contemplar y conocer cómo son, qué quieren y qué necesitan los que me rodean. Que no son grandes planes o proyectos futuros, sino la conversación, la escucha, la compañía, los abrazos o, simplemente, el tiempo. El confinamiento ha puesto frente a mí de golpe todo aquello que el tiempo me roba. Y me ha hecho darme cuenta de cuánto lo echaba de menos.

—¿Estás triste? ¿Echas de menos salir a la calle?

—No, mamá.

«Lo paso muy bien en casa, aunque tengamos que estar todo el día aquí encerrados», escribe en su redacción del colegio mi hija de siete años. Diez líneas con el mejor resumen del confinamiento: estar juntos es mejor que nada.

Hoy echo la vista atrás y descubro cuánto tiempo hacía que no hablaba con aquella amiga a la que apenas veo; pienso en aquella tía que vive sola, en aquellos primos que tienen a su madre enferma, en los que viven en una casa muy pequeña y apenas les entra luz por la ventana. Pienso en mis padres, confinados también tres bloques más allá, aprendiendo a comunicarse y comunicarnos de otra manera, aferrados a la esperanza de que esto pase y volver a llenar la casa con nuestro bullicio y el de los nietos. Y pienso en el miedo que tengo de que me falten...

Quizá sea ésta una oportunidad de *valorar* los momentos, las amistades, la familia.

Quizá sea el momento de *agradecer* su vida, nuestra vida, nuestra suerte. Quizá sea el momento de no dejar de hacerlo. Cada día. Quizá sea el momento de *confiar*, más que nunca, en esa mano que nos sostiene, de alejarnos de cualquier tentación de vivir como si Dios no existiera.

Quizá sea la oportunidad de *buscar y compartir* buenas noticias, de huir de la mentira, de rechazar la calumnia, de frenar los chismes, los bulos, las noticias falsas. Quizá sea el momento de chatear menos y dialogar más; de opinar menos y discernir más; de juzgar menos y comprender más; de contar historias que sean, en medio de la desazón y la angustia, una muestra de que no todo es turbio, confuso o incierto. Quizá sea el momento de *comunicar* para la esperanza.

Quizá, cuando esto acabe, los cantos de victoria nos hagan olvidar aquel tiempo en el que fuimos vulnerables; quizá las ganas de revancha sepulten en la memoria esa crisis que nos igualó a todos; quizá este momento que vivimos se borre de la historia colectiva y descubramos que no hemos aprendido nada. Por eso, hoy es el momento de cambiar, de compartir, de confiar, de agradecer, de valorar lo auténtico. Porque quizá esta oportunidad no vuelva nunca.

MI AMIGO EL DEL SAMUR

Ricardo Benjumea Vega

Periodista

La Policía Municipal de Madrid le localizó en Villaverde Bajo, bien entrada la mañana, después de haber vagado toda la noche con el pijama del hospital 12 de Octubre. Botó cuando le diagnosticaron neumonía bilateral y le anunciaron que tendría que quedarse unos días ingresado.

—Pobre chico —dice Miguel (así, con acento en la *i* es como decimos su nombre en el barrio)—. Es toxicómano, ¿sabes? Esta gente lo está pasando fatal.

Por las buenas o por las malas, mi amigo tenía orden de llevárselo en su ambulancia de vuelta al hospital. «Es un *vector infeccioso*, no se le puede dejar suelto por ahí», se justifica, intercalando, como de costumbre, expresiones de la jerga sanitaria con su característico deje castizo. Sólo que ahora tenía la voz quebrada, irreconocible, por las extenuantes jornadas de los últimos días.

—Costó, pero conseguimos tranquilizarle —prosiguió—. Decía que los médicos querían atarle a la cama y dejar que se muriera. Hasta que,

bueno... resultó que el pobre estaba más solo que la una. Eso es lo que le pasaba.

Contactó con la madre del chico. Le describió brevemente la situación. Y se apartó a un lado; conociéndole, puedo imaginarme con qué delicadeza. «Hacía mucho que no se hablaban. Él le contó que estaba en una ambulancia y que nos lo llevábamos al hospital. La madre se quedó preocupada, pero agradeció la llamada. Le dio a él muchos ánimos oírla y que hubiera alguien informado de que le iban a ingresar. Saber que, si le pasaba algo, su madre estaría enterada. Nos dijo: «Vámonos, ya estoy listo, que sea lo que Dios quiera». Fíjate, ¿cómo te quedas? Sólo eso pedía el pobre hombre: importarle a alguien. Para que te des cuenta, Ricardo, de cómo lo está pasando la gente».

Yo, en realidad, llamaba a Miguel para darle el pésame por su madre, pero mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas él se arrancó, como cualquier otro día, con el parte de guerra al que su mujer y él nos tienen últimamente acostumbrados a los amigos del AFA de la escuela. Como si, de algún modo, se sintieran obligados a hacernos partícipes de sus épicas batallas diarias contra el *coronavirus*. «Esto nunca podríamos hacerlo solos», insisten los dos, ruborizados por la etiqueta de héroes que últimamente se les ha puesto a los de su gremio.

Alicia es neuróloga en un hospital público, destinada a Urgencias desde el estallido de la pandemia. Cuando no está riendo es porque está llorando. No desconsoladamente, más bien con suavidad, serenamente. Se repone y vuelve a sonreír; a veces ríe sin dejar de llorar, todo a la vez. Después de las malas noticias se disculpa por si ha dejado al interlocutor preocupado. Al despedirse se las ingenia para encontrar una lectura final esperanzadora a cualquier situación, por dramática que sea. Últimamente está teniendo muchas.

Igual que él, sanitario en el SAMUR. Lo que peor lleva es cada vez que hay que forzar una puerta para encontrar al otro lado a una anciana muerta o agonizante. «Antes veíamos cosas de éstas cada cierto tiempo; ahora es constante, un no parar. Te deja anímicamente destrozado».

Le hablo de su madre. «Está siendo muy duro», reconoce. «En una época normal, entre los compañeros, te llega de vez en cuando la noticia del fallecimiento de un padre, de una madre... En la última semana, al menos cuatro o cinco hemos pasado por esto».

Miguel da las gracias por haber podido entrar en la uci a despedirse, un privilegio en estos tiempos. Lo que le tiene preocupado son sus hijos. Llevan separados desde el 10 de marzo. Cuando cerró la escuela, los dejaron con la abuela. La se-

mana pasada ingresaron a la mujer por covid-19. Los chicos se quedaron a cargo de una tía.

A Rubén (10 años) le está costando mucho la pérdida. Estaba muy unido a su abuela, su cuidadora desde bebé cada vez que sus padres coincidían de guardia.

Carlota (5 años) ha sorprendido a todos por su madurez. Ni una queja por el confinamiento. Y qué bonitos dibujos y mensajes de ánimo cada día a mamá y a papá.

Por primera vez mi amigo se desmorona. Escucho gemidos, sorber de mocos. El silencio se me hace interminable. Me ronda la cabeza un pensamiento inducido por un desgarrador artículo de Jorge M. Reverte de hace unos días: nos queda mucha muerte por delante, mucho dolor, mucho sufrimiento todavía por digerir. Si uno deja fluir las ideas, termina aceptando qué absurdo es lamentarse; este trozo de carne que somos donde más tiempo pasará es, sin comparación, bajo tierra. Qué importa, en perspectiva, si el momento llega un poco antes o un poco después. Pronto estaremos todos sepultados.

Miguel se recompone y de un plumazo me saca de mi modo Kierkegaard. «Todo esto nos va a hacer mejores», dice. «Volveremos a preparar una barbacoa y nos parecerá la barbacoa más deliciosa que hayamos comido nunca. ¿Pero sabes qué? No será verdad, porque la siguiente barba-

coa será mejor todavía. Y cuando volvamos a tomarnos una cerveza un viernes en el mercado de San Fernando, nos sabrá a gloria bendita, la mejor cerveza que habremos tomado nunca. Porque podremos decir: “Yo viví una pandemia”».

A tu salud, amigo. Espero verte pronto para celebrar juntos la vida: las nuestras, la de tu madre, la de todos los que se nos han ido estos días y nos acompañan ahora de un modo distinto. Gracias a Alicia y gracias a ti por salvar vidas. Pero, sobre todo, gracias a los dos por ir contagiando por el mundo vuestras ganas de vivir. Sois un *vector de esperanza*.

FEDE O LA ESPERANZA PELEADA

José Manuel Vidal
Director de «Religión Digital»

Le conocí a mediados de los 80 en el barrio madrileño de Lucero, por aquel entonces «marginal y obrero», como cantaba su propio himno. Federico (Fede, desde siempre y, hasta ahora, para todos) venía del barrio de al lado, de Caño Roto, que todavía era peor. Una zona de arrabal, donde reinaba la heroína y la pobreza se olía en sus pisos-colmena.

Hijo de una familia obrera y numerosa, Fede supo, desde niño, que si quería salir adelante tenía que «echarle huevos» a la vida, como decían sus hermanos mayores. Desde niño compaginó, con la naturalidad de los hijos de la clase obrera, estudios y trabajos. A los 14 ya estaba trabajando de lo que saliese. Y, unos años más tarde, tuvo la suerte de entrar en una empresa que fabrica grafito.

Empezó barriendo, pero pronto escaló puestos y asumió responsabilidades. A los veintipocos ya ayudaba a llevar las cuentas de la empresa, en jornadas eternas, mientras también alargaba su carrera universitaria de Empresariales. Quería el

título, no solo por el currículum, sino también para colgarlo en el pequeño salón de su casa, como regalo agradecido a sus padres.

Asombrada por tanto esfuerzo, la vida comenzó a sonreírle: le hicieron fijo en la empresa de grafito y hasta pudo comprarse un coche. Nada menos que un Talbot Horizon que, servicial como era, estaba al servicio de todos. En el barrio Lucero y en la parroquia de Santa Beatriz, Fede era una institución. Igual acompañaba a los ancianos que montaba los campamentos de niños y jóvenes. Se lo curraba a fondo, con tal de que los niños pobres del barrio pudiesen tener esas vacaciones en la naturaleza que él nunca había podido disfrutar.

Delgado, barba poblada y siempre sonriente, se lleva a la gente de calle, incluidas las chicas, que sabían apreciar su cálida personalidad y el cariño que espontáneamente le daba a mucha gente. Su lema vital se resumía en una frase de Madre Teresa que tanto le gustaba: «El que no vive para servir no sirve para vivir». Mientras, se seguía formando en todos los ámbitos de su vida. De hecho, el chico de Caño Roto se sacó el título de Jefe de campamento y llegó a ser responsable nacional del movimiento *Junior*.

A la educación, incluida la religiosa, de niños y chavales dedicó muchas de sus energías, siempre rodeado de un buen equipo de chicas y chi-

cos. Supo conjugar a las mil maravillas lo serio y lo lúdico, sin mezclarlo. Hasta aprendió a tocar la guitarra y, con su potente vozarrón, amenizaba cualquier cosa. Desde misas, bodas y bautizos, a veladas de campamento. Le llamaban el *Fede-orquesta*.

Era uno de los puntales pastorales de la parroquia de Santa Beatriz, la parroquia del barrio, que seguía el esquema de «comunidad de comunidades» y que contaba con un buen equipo de curas abiertos, en la línea del Vaticano II, a pesar de los vientos involucionistas que soplaban desde Roma. Tanto, que hasta el consejo pastoral de la parroquia era deliberativo.

Pero, con el paso del tiempo, aquellos curas cambiaron y llegaron otros con aires mucho más conservadores y sacramentalistas. Y la parroquia se vio obligada a cambiar, a encerrarse, a dejar de pisar el barro del barrio. No sin resistencias. De hecho, Fede y los suyos fueron a ver al mismísimo cardenal Rouco Varela, le amenazaron con levantar en armas religiosas al barrio y consiguieron que el cardenal trasladase a otra parroquia a un cura de los *Kikos* que les había mandado que, en pocos meses, lo había puesto todo patas arriba y había enterrado la rica herencia comunitaria parroquial.

Pero después de los *Kikos* vinieron otros curas que, más o menos, seguían la misma linde. Fede

aguantó un poco más, pero, al final, dejó la parroquia, triste y desilusionado, porque había sido su casa durante muchos años.

Pero, fiel a su carisma, se puso en modo búsqueda, junto a su grupo de amigos: cinco parejas de jóvenes matrimonios que encontraron en la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) lo que andaban buscando tras la salida forzada de la parroquia. Entraron con cierto recelo. La HOAC y su formación tenían fama de exigencia y dureza. Les tocó un buen formador, el mejor: el padre Antonio Martín, consiliario de Madrid y un gran maestro espiritual. La metodología del «ver, juzgar y actuar» y los planes de trabajo de la organización dejaron huella en sus vidas y les marcaron para siempre. No en vano, el lema del equipo, en aquella época, era: «La HOAC hace milagros».

Y la vida volvió a sonreír a Fede, que encontró un nuevo nicho para vivir su fe. Con pequeños desgarros: la muerte de sus padres o el hecho de que su hija (única) se fuese a trabajar a Estados Unidos, donde se casó y asentó en Milwaukee. Pero el síndrome del nido vacío y la sensación de lejanía se vieron compensados con numerosas visitas a la capital de Wisconsin y con las video-llamadas de *Skype*. «Los hijos son para volar», se consolaba, y seguía sonriendo.

En la HOAC de Madrid ocupó cargos de responsabilidad y se especializó en la «responsabilidad» de animación en la fe. Es decir, los que cuidan la vida de fe de los miembros del equipo. ¡Cuánto nos hizo rezar a todos! ¡Y qué contento se pone cada vez que en el equipo «hace pleno» de miembros que comparten su oración en voz alta en las reuniones de los viernes!

La placidez de su vida entregada se vio truncada el sábado 21 de marzo de 2020. Tras varios días de fiebre, se acercó al centro de salud del barrio, llegó a duras penas al despacho del médico y, sentado en la camilla, perdió el conocimiento. Una ambulancia le trasladó al hospital Clínico San Carlos y, tras una noche en la sala de espera, el domingo al mediodía le ingresaron en la planta sexta norte, habitación 11.

Y allí, solo, aunque acompañado por su mujer y su hija a través del teléfono, pasó su especial *Víacrucis* del *coronavirus*. Al principio, sin fuerzas ni para moverse. Hasta que, pasados cinco días, pudo levantarse para ducharse y disfrutar del placer del olor a jabón de una pastilla de glicerina que le acompañaría durante toda su estancia hospitalaria.

Se sintió tan mal que, en algunos momentos, pensaba que la Parca se acercaba. Pero, cada vez que la veía asomarse, le respondía con una jaculatoria al Señor y un recuerdo a su ángel de la

guarda preferido, el difunto padre Antonio. «Vestida con mantos negros / piensa que el mundo es chiquito / y el corazón es inmenso», había escrito Lorca, su tocayo, el poeta de la identificación con los más débiles y el vuelo de las ilusiones. Fede escuchaba, desde su cama, cómo los médicos llamaban «a Mortuorio». Intuía el trabajo desesperado, la gravedad de otros pacientes... Pandemia. Muerte. Oscuridad. Pero siempre hay una luz que nos sostiene desde la inmensidad del propio corazón y el de los otros.

Poco a poco se fue recuperando y ya hasta tenía ánimos para ver la televisión, desde la que siguió la histórica oración del papa Francisco en la plaza de San Pedro vacía, del viernes 27 de marzo. O la misa por televisión que oficiaba su amigo, el obispo auxiliar de Madrid, José Cobo. O charlar con la limpiadora, que se sinceraba con él y le confesaba que, al llegar a casa, lloraba por el dolor acumulado durante el día. O asomarse a la ventana, para escuchar, todos los días a las ocho, los aplausos a los sanitarios en la calle Isaac Peral.

Y, por fin, el alta y a casa de nuevo. Cambiado en profundidad. Valorando los pequeños placeres diarios, como una sopa de fideos o una tortilla francesa. Más atento a la vida y a los demás. Más agradecido, sobre todo a los sanitarios.

Todos los días, al levantarse, Fede da gracias a Dios por el nuevo día y entona (por lo bajo) el

Gracias a la vida de Violeta Parra. Ha cambiado y espera mantenerse fiel a esa conversión. Para recordárselo puso, en su salón, un pequeño altar. Con las tres reliquias «santas» de su calvario: los restos de la pastilla de jabón de glicerina, la pulsera identificativa de su ingreso en el hospital y la mascarilla, que llevó desde el día del ingreso al del alta. Y en el frontal de su altar doméstico, una frase de Ernest Hemingway: «La vida nos rompe a todos en algún momento, pero solo unos pocos logran hacer más fuertes sus partes rotas». Como Fede, el de la esperanza peleada.

DE BALCÓN A BALCÓN

Laura Ana Ramírez Sánchez

Europa Press

—Alexa, ¿puedo salir a la calle?

—*No, te tienes que quedar en casa porque estamos en estado de alarma por el coronavirus* —contestó la voz domótica.

Emilia resopló y se conformó, si hasta el trasto lo decía... Sus hijos, los mismos que unos días antes de que todo empezara le llevaron el dispositivo, la habían advertido de que no saliera, que ya ellos le llevarían la compra y le irían a tirar la basura.

Faltaban cinco minutos para las ocho de la tarde, así que se asomó al balcón para participar en ese homenaje que se repetía todas las tardes. Allí enfrente estaba ya preparada su vecina de toda la vida.

—Buenas tardes Vicenta, ¿cómo lleva Leonardo el encierro?

—Bueno, ahí vamos, tirando.

El marido de Vicenta tenía alzhéimer y, desde que cerraron el centro de día al que acudía desde

hacía un par de años, ella se encargaba de atenderle las 24 horas.

—No papá, hoy tampoco podemos salir a la calle, venga, que es la hora del examen.

Su hijo Ramón pensaba que, si le estimulaba cada día con preguntas de todo tipo, mantendría activa su mente en medio de la situación.

—¿8×6?

—48

—Muy bien papá, te quiero mucho.

—Yo tampoco —respondió Leonardo con una sonrisa, gastándole aquella broma que solo ellos comprendían.

El tono del móvil avisó a Ramón de la entrada de una videollamada de sus amigos.

—¿Qué pasa chicos? —Ernesto siempre animaba al grupo, aunque hubiera tenido un día duro atendiendo a pacientes con covid-19. Aquel día se sentía cansado pero reconfortado por toda la labor que se estaba haciendo en el hospital.

—No sabéis la cantidad de cartas de ánimo que llegan, es emocionante. Vosotros, ¿todos bien?

Del otro lado de la pantalla estaban Carla y Pedro, cuya voz apenas se podía escuchar tapada por los grititos de Marcos, su hijo de 1 año.

—Lo que me está permitiendo sobrevivir a esto es este pequeñín —dijo Pedro achuchando a su retoño—. Bueno, y esto otro —añadió mostrando a cámara el bizcocho de chocolate que su vecina Carmen les había dejado en su puerta como agradecimiento por la compra.

Carmen vivía sola y se entretenía cocinando. Tampoco perdonaba la hora de la misa.

—Benditas tecnologías —dijo encendiendo la televisión. Ahora que llegaba la Semana Santa se había puesto las alarmas para seguir las celebraciones del Papa. También haría torrijas aunque este año no pudiera probarlas su nieta de 8 años.

—¡Qué imaginación tiene esta niña! —exclamó cuando su hijo Sergio le contó que la pequeña Patricia quería pasear la imagen de Jesús por casa en procesión, a falta de los populares desfiles.

—Te dejo mamá, que me llama Candela. —La mujer de Sergio estaba contenta porque había dado con una solución para hacer funcionar el respirador en 3D.

—Ojalá validen uno rápido y pueda salvar vidas —dijo esperanzada. Ante la escasez de estas máquinas, ingenieros como ella se habían puesto a trabajar altruistamente en diferentes prototipos.

—Voy a contárselo a Marta.

Su amiga cruzaba la calle cuando sonó el móvil. No venía cargada con bolsas del supermercado ni había bajado a pasear al perro pero su salida entraba dentro de las excepciones.

—Me pillas fuera. En cuanto termine te llamo y me cuentas —dijo Marta, no sin cierta dificultad para hablar a través de la mascarilla, mientras se montaba en el coche. Tras llegar a su destino, la joven se bajó del vehículo, cruzó el umbral de la puerta, subió a la segunda planta y se sentó a esperar su turno.

—Marta Sierra, adelante. Túmbese en la camilla boca a arriba.

Marta notó cómo aquel gel denso se extendía sobre su vientre. Estaba nerviosa. Le hubiera gustado que Yael, su marido, la acompañara aquel día, pero las medidas de confinamiento no lo permitían.

—Puedes grabarlo con el móvil —dijo su doctora, como si le hubiera leído el pensamiento, mientras apuntaba a la pantalla del ecógrafo, en la que se veía claramente que esperaba gemelas.

Año 2026, en el coche, de camino al colegio

—Mamá, cuéntanos otra vez la historia de los superhéroes —pidió Sara.

—¿Cuál? ¿La de Iron Man, Thor y el Capitán América?

—Mamá, eso está muy desfasado —respondió Gloria, pizpireta—. Queremos volver a escuchar la de los superhéroes de verdad, los que se enfrentaron a un virus muy malo para salvarnos a todos. Esos a los que seguimos aplaudiendo desde los balcones.

ORAR SIN CAER EN LA AMARGURA

Juan Vicente Boo

Corresponsal de ABC en el Vaticano

Desde el 10 de marzo, la plaza de San Pedro, escenario habitual de los grandes encuentros del Papa con el pueblo de Dios, está cerrada al público, silenciosa y vacía en una ciudad fantasmal.

La plaza del Pescador de Galilea pertenece ahora a las gaviotas. Antes había palomas, pero en los veintidós años que llevo informando sobre el Vaticano, el equilibrio ha cambiado.

Las gaviotas me recuerdan mi pueblecito natal en la Ría de Arosa pero, sobre todo, a Pedro de Betsaida, que pasó aquí momentos más difíciles que la pandemia de *coronavirus* durante la persecución de Nerón.

También Juan Pablo II estuvo a punto de dar su vida en esta plaza, el 13 de mayo de 1981, cuando cayó malherido por las balas de Ali Agca.

Ahora, en Roma, los templos están cerrados, excepto algunos que sirven de refugio. Pero la Iglesia sigue abierta sencillamente porque hay más *Iglesia doméstica* que nunca. Las personas y las familias rezan en sus casas. Ven la misa, el

Angelus y las ceremonias del papa Francisco en *streaming* y participan con la misma devoción que si estuviesen en la basílica o en la plaza de San Pedro.

Los periodistas seguimos trabajando, y podemos movernos, pero ahora al sucesor de Pedro solo lo vemos en la pantalla.

En este tiempo de prueba, el papa Francisco ha aplaudido muchas veces el heroísmo de «los santos de la puerta de al lado. ¡Son héroes! Médicos, voluntarios, religiosas, sacerdotes, operarios que cumplen con los deberes para que la sociedad funcione. ¡Cuántos médicos y enfermeros han muerto! ¡Cuántos sacerdotes han muerto! ¡Cuántas religiosas han muerto! Sirviendo».

Francisco sufre, pero mantiene la serenidad porque reza más que nunca, y porque sigue recitando cada día la *Oración del buen humor* de Santo Tomás Moro para no caer en la amargura.

El lema del primer viaje de san Juan Pablo II a España, en el ya lejano 1982, fue «Testigo de Esperanza». En estos veintidós años romanos he presentado muchas veces a Benedicto XVI como el «Papa de la Fe», y a Francisco como el «Papa de la Caridad». Los tres son complementarios, como las virtudes teologales.

En estos días difíciles, recuerdo una y otra vez al «Papa de la Esperanza». Y, curiosamente, una

de sus encíclicas, *Fe y razón*. Ante la pandemia, es necesario rezar más que nunca y, al mismo tiempo, extremar las medidas sanitarias (distancias, mascarillas, etc.) para evitar el contagio.

En más de un salmo se asoma una plegaria urgente: «Señor, date prisa en socorrerme». A veces lo repito como plegaria, en sentido colectivo.

Otras veces recurro a la oración del impaciente, que siempre me trae una sonrisa al terminar. En muy sencilla: «Señor, dame paciencia... ¡pero rápido!».

EL EJEMPLO DE LOS QUE NOS DAN TESTIMONIO

Pedro Blasco Solana
Periodista

Es difícil escribir, enviar un mensaje de esperanza cuando, si miro a la calle desde mi ventana, veo los coches mortuorios que se dirigen al Palacio de Hielo, donde se acumula una alfombra de ataúdes. Hace unas semanas, esa era una pista de esperanza e ilusión, donde cientos de jóvenes patinaban y soñaban en su futuro.

No he podido salir de mi habitación, en la que he estado aislado durante quince días, pero casi mejor. Si entro en el cuarto donde trabajo escucho a mis vecinos, los viejecitos de una residencia de mayores, gemir. Están tan cerca que casi hubiera escuchado su aliento si no hubiera estado confinado en la otra habitación.

Me cuesta enviar un mensaje de esperanza en estas circunstancias. Encender la radio o la tele ha sido comprar pesimismo. El «parte de guerra» ha sido terrible y ha hundido cualquier ilusión. Y la información paralela de los políticos nos ha hecho temblar, porque nos ha hecho darnos cuenta de en qué manos estamos.

Les ha salvado el trabajo contra el virus de ese ejército de hombres y mujeres formado por los sanitarios, públicos y privados, que junto con un montón de gremios ha estado en la trincheira contra la pandemia, incluso con peligro de su propia vida.

No es fácil mantener la fe en unas circunstancias como estas. Siempre digo que la fe es algo que nos ha transmitido la Iglesia «por la gracia de Dios», y sobre todo nuestras madres. A pesar de que esta transmisión fue intensa, cuesta, a veces, mantenerla.

Me voy a la bibliografía para ver qué han pensado otras personas más ilustres que yo ante ataques parecidos. El papa Benedicto XVI, en su visita al campo de exterminio de Auschwitz, llegó a decir: «¿Por qué, Señor, permaneciste callado?».

La Madre Teresa de Calcuta, que vivió toda su vida la epidemia de la muerte por enfermedades o hambre, tuvo «noches oscuras» en su fe. Menos mal. Soy humano como ellos.

Si estas dos grandes personas, y muchas más, han tenido problemas para mantener su fe intacta, y teniendo por seguro que sus madres les transmitieron la fe como hizo la mía, ¿por qué no iba a enfadarme yo con Dios, especialmente el día en que me ahogaba y no encontraba aire para respirar?

Estos días hemos visto que los piratas ya no se dedican solo a robar a los barcos que atraviesan el océano Índico. Ahora tienen sedes lujosas y negocian a pie de avión el precio de un respirador o de máscaras que salvan vidas. También los tenemos cerca, en algunas tiendas en las que han subido el precio de todos los productos relacionados con el virus. Y qué vamos a contar del criminal —sí, criminal— que robó material sanitario en Galicia para venderlo en Portugal.

He escuchado al padre Angel, presidente de Mensajeros de la Paz, decir en alguna ocasión que él cree en Dios, pero también cree en los hombres.

Esta crisis me ha servido para darme cuenta de que sigue habiendo, y siempre habrá, piratas, pero también señales de que Dios no nos abandona.

Tengo por amigos a una familia filipina; el padre está en paro y de sus seis hijos, dos de ellos tienen una discapacidad y graves problemas de salud. Ellos han encontrado a unos *dioses* que les han pagado el alquiler de estas semanas. Ahora les apoya Cáritas y no les falta casa ni comida.

Los «sin techo» han encontrado en Madrid apoyo en el IFEMA y en otros lugares, y tienen alimentos y una cama. Las iniciativas solidarias se han multiplicado por toda España y el mundo, frente a la epidemia y los piratas.

Fuensanta Meléndez, una religiosa del Sagrado Corazón de más de ochenta años, no ha dudado en enfrentarse, en Torrejón, a la policía para que no cerrara su centro, que atiende a los que no tienen casa en esa ciudad. Y no me olvido de los misioneros de San Juan de Dios, Miguel Pajares y García Viejo, que murieron por el ébola atendiendo a los más pobres de la tierra.

Todo este movimiento nos han demostrado que el hombre también es bueno y que vale la pena creer en él. Cuando me enfado por las muertes crueles de este virus miro a estos hombres y mujeres que viven por los demás e incluso entregan su vida, y me doy cuenta de que son el mejor testimonio de que mi Dios existe y nos está ayudando.

LOS NIÑOS YA NO TIENEN MIEDO

Sara de la Torre Hernández

Periodista en la revista «Ecclesia»

«¡Mamá, yo no quiero morirme!». Con estas palabras y envuelta en un mar de lágrimas me sorprendió Candela, mi hija mayor de 4 años, hace unos días cuando rezábamos antes de acostarse.

Llevamos semanas pegados a las noticias, con la radio encendida y sin dar abasto con las pantallas, hablando de muertos, enfermos y hospitales. No nos habíamos dado cuenta. Candela y su hermano Antonio no viven ajenos a esta información y nos escuchan. En ese momento comprendimos que había que lidiar de una manera consciente con ello. Lo primero que hicimos fue averiguar qué sabían acerca del virus para, desde ahí, poder transmitirles la serenidad que, seamos sinceros, nosotros tampoco tenemos.

Cuando empezamos a profundizar con ellos, con su media lengua, pero concretos en sus miedos, fueron nuestros hijos los que nos dieron una lección. «No quiero morirme y no quiero que te mueras tú». Y entonces te das cuenta de que los niños, los que pensábamos que no se iban a adaptar al aislamiento, no lloran porque no pueden

salir de casa o ir al parque. Ellos han puesto sus miras en algo mucho más importante. Sus prioridades superan con creces las nimiedades que muchas veces nos preocupan a los demás.

Estos días de confinamiento nos han abierto los ojos, hemos descubierto mil detalles que antes no valorábamos. Y uno de ellos es ese. Hablar tranquilos con nuestros hijos. Pese al teletrabajo, a las llamadas de teléfono, a los informativos y a las clases virtuales del colegio, nuestros hijos «sienten» que estamos en casa. Y nuestra presencia también comunica.

Por eso, después de tantos días de cuarentena, cuando empieza a nublarse todo y no acabamos de ver el final del túnel, tenemos que permanecer fuertes. Porque, a falta de abrazos, una sonrisa también comunica; porque unas palabras de afecto reconfortan a quien más está padeciendo y en estos días estamos llamados a vivir «desde el corazón».

Así que, pensando en que el amor mejora todo y en este momento tenemos tiempo más que suficiente para darlo, qué mejor bálsamo para sus temores que intentar transmitirles el Amor más ilimitado. Si Candela tenía miedo a la muerte, qué mejor Semana que esta para contarle que después de la misma todo acaba en victoria.

Nuestros planes para Semana Santa eran muy distintos y quizá estos días nos estén brindando

la oportunidad de hacerles un regalo mucho más grande que ir a ver las procesiones.

Explicar la Pasión a unos niños de 3 y 4 años no ha sido fácil. Hemos tenido que agudizar el ingenio y la creatividad para contarles no una historia, sino una realidad. Hemos confeccionado todos y cada uno de los modelos de palmas «case-ras» para adornar los balcones el Domingo de Ramos y recibir a Jesús en su entrada en «Jeruslatel».

—Mamá, ¿las palmas eran sus aplausos?

Tal cual. Porque ahí estamos nosotros cada día, a las ocho en punto, aplaudiendo a quienes se están dejando la vida por salvar la nuestra. «¿Y eso es lo que hacía Jesús?». Eso mismo.

Para el Viernes Santo, hemos hecho cruces de cartulina con el nombre de cada miembro de la familia. Cuelgan por todas las paredes. También hemos pintado pañuelos con la cara de Jesús, emulando a la «Verónica».

Y mientras recortábamos, poníamos pegamento y las paredes dejaban de estar blancas para tener algún que otro «Picasso», me he preguntado si verdaderamente esto es la Iglesia doméstica de la que tantas veces he oído hablar al papa Francisco. Entre tanta manualidad hemos aprendido que Jesús sufrió mucho, pero como lo están haciendo todas las personas que están enfermas. Hemos interiorizado que Jesús estuvo solo, pero como también lo están aquellos que en los hospitales

no pueden recibir visitas. Pero, asimismo, nos ha quedado claro que, en sus últimos momentos de agonía, Jesús pudo ver a su Madre y fue justo ahí cuando nos la entregó a nosotros también. Y aferrándonos a esa figura materna, los miedos son menos miedos hasta para los más pequeños.

Estos días nos hemos preocupado más los unos por los otros, hemos «perdido el tiempo» con lo que era importante para cada uno y, cuando ha habido peleas, que las ha habido, hemos pedido perdón mucho más rápido.

«Mamá, te ayudo si esto pesa, porque a Jesús también le ayudaban con la cruz». Y otra vez vuelve a sorprenderme. A lo mejor no hemos perdido el tiempo, sino que lo hemos ganado. Hemos empezado a valorar de verdad el regalo maravilloso que supone estar los cuatro juntos. ¡Y qué gran regalo!

Y con todo esto, aunque la pandemia seguía abarrotando titulares e informativos, dejamos a un lado los virus y *coronavirus* y nos centramos en acariciar nuestra alma. Porque rezar con los niños por todas esas muertes que oyen en la televisión a ellos también les reconforta. Y lo teníamos muy fácil, solo había que redescubrirlo.

—Mamá, y con ellos está la Virgen, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues yo ya no tengo miedo.

MIRADAS DE UN HOSPITAL EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Esteban Pittaro

*Director de comunicación del hospital Austral
(Buenos Aires)*

Algunos –muchos– dicen que un hospital en tiempos de pandemia es como un campo de batalla. Tengo amigos que han estado en la guerra, esas en las que el enemigo, que es un hombre tal como ellos, se ve. Hay similitudes. Pero no sé si son lo mismo.

Trabajo en un hospital durante la pandemia debida al coronavirus SARS-CoV-2. Yo no veo al enemigo, aunque siento que está por todos lados. Lo mismo mis compañeros. Y lo que vivimos es tan particular que no me animo a definirlo como un escenario bélico. Hay heroicidad, angustias, alegrías, todo lleno de sentimientos por doquier. Pero la historia es demasiado solemne como para buscarle comparaciones. Quizá la de los campos de batalla también. Esto es, simplemente, un hospital en tiempos de coronavirus.

Allá atrás en el tiempo, un caso sospechoso

Ese día estaba en el cuarto piso, arreglando uno de esos errores que es mejor que ocurran esos primeros días –*alcholo* decía el cartel impreso en A3, en vez de *alcohol*–. Lo veo salir. Su mirada

parecía la del resucitado. Sus ojos celestes estaban a mitad de camino entre la lágrima y la alegría del niño que cumple años. Pero el hombre era adulto. No era un niño. Y era responsable. Tosió y se tapó con la mano. Le indiqué gentilmente que usara el pliegue del codo. Me dijo: «Sí, tenés razón. Fueron cinco días tosiendo solo».

Lo miro y me dice, como queriendo decirlo: «era un caso *sospechoso*». «Uy... ¿Estás aliviado?»; «Sí, totalmente», me responde, casi sacando todo de adentro, exhalando su alma, como contento de hablar. «¿Te cuidamos?». «Sí, mucho», me responde. «¿La familia aliviada?». «No te haces una idea», me dice. «A completar la cuarentena, pero con ellos», me aclara.

Me despido, sin contacto físico, claro está, y sigo haciendo cosas. Dos veces más me lo crucé en la sala de espera vacía, porque su ascensor no llegaba. Las dos veces él me buscó con la mirada y se volvió a despedir. Quería hablar, quería decirle al mundo que estaba bien. Ojalá que tengamos muchos más casos como él estos días, pensé.

El astronauta

Me acerqué a una carpa en la entrada de la Emergencia, que montamos para atender a los pacientes con síntomas sospechosos, para agregar unas cosas que faltaban. Nuevamente, esos sagrados carteles.

Pero me detuve al ver desde fuera cómo alguien, vestido como Dustin Hoffman cuando combatía el ébola en aquella película con Rene Russo, le hacía el hisopado a una chica de 16 años, sentada, vestida apenas con su jean y camiseta, totalmente indefensa ante el astronauta delante de ella. No me atreví a retratar el momento con la cámara. Ahí me di cuenta de que esto es una guerra contra un enemigo invisible.

Conversé un tiempo después con la enfermera que custodiaba ese sector de aislamiento. Vestida también como para alunizar, pero sin casco. Solo le veo los ojos y le pregunto: «¿Tu familia sabe que haces esto?». Su «no» entre risas la descontractura. «Se mueren si saben», me aclara. «Qué pena», pienso. Aunque comprendo. No creo que las esposas de los astronautas, la madre de los cosmonautas, los hermanos y hermanas e hijos e hijas hayan disfrutado tanto como nosotros disfrutamos inspirándonos en el ejemplo de sus familiares.

Las familias

La pregunta que conmueve a todo el personal de salud en un hospital en tiempos de pandemia es: «¿Cómo te recibe tu familia?». «Me bañan en aerosol desinfectante», dicen algunos. «Me tengo que quitar la ropa antes de ingresar», aclaran varios. Hay muchas guías oficiales, pero todos hacen algo de más.

En algunos casos, muchos van a vivir solos, para no poner en riesgo. Otros duermen en habitaciones separadas. Otros pernoctan en el hospital a escondidas, pero es un secreto, porque no sabemos a ciencia cierta si durmieron.

Quienes estamos un poco más lejos de la primera línea, los comunicadores, que en esta somos los que arengan desde el fondo y comparten la información que todos tienen que tener, también tenemos miedo. Lo vamos superando. Pero jamás olvidaré uno de esos días en los que, después del ritual de ingresar por atrás, descalzarme antes de entrar por la puerta-ventana del cuarto, dejar todo aparte, poner mi ropa en un tacho (recipiente) y bañarme sin antes tener contacto con nadie, mi hija de cinco años, aunque yo ya estaba «purificado», me dijo: «¿Papá, por qué no me abrazás más?».

Los mismos ojos

Este otro buen hombre no tuvo la suerte del primer *sospechoso*. Era positivo. De esos que con el tiempo se empezaron a contar de a miles. Pero de los primeros positivos de la ciudad, al fin. La primera angustia era saber que no tendría contacto con su familia; su salud le preocupaba, sí. Pero sobre todo pensaba en la gente que podría haber contagiado sin saberlo.

Ya sin síntomas, tras varios días de aislamiento, esperando que las pruebas dieran negativo y

poder volver a casa, sus ojos brillaban tanto o más que los del adulto con ojos de niño que estuvo cuatro días esperando que se le descartase el virus. Él lleva más del doble de tiempo ingresado. Su voz es liviana, sabia en tono y ritmo. «Parece, parece, que ya pasó». No es el mismo, es otro. Como todos.

En los hospitales, en tiempos de pandemia, también hay de las otras historias. Las de las cifras, las de las políticas, las de los contagios, las de las muertes, que son reales y también, cada una, merece su relato. Pero ciertamente, por más que los comunicadores soñamos con historias, no quiero más. Que pasen y que sean todas recuerdos en el corazón de cada uno. Pero eso. Sólo recuerdos. Ya tenemos suficiente baño de humanidad para crecer durante varios años.

EL DÍA QUE VOLVAMOS A ABRAZARNOS

Ana M^a Medina Heredia

Directora de «Periferias» (TRECE).

Directora de la Oficina de prensa del obispado de Málaga

El día que volvamos a abrazarnos
caerán a nuestros pies esas corazas
con las que creíamos estar a salvo.
A salvo del dolor, del amor, de la vida.
De estar viviendo.

Aquellas que borraron la expresión
de nuestros rostros,
que nos volvieron piedras,
que nos hicieron enfermar, al fin y al cabo.

El día que salgamos del encierro,
volverá el rubor de sol a las mejillas,
el calor a las manos, la luz, los besos...
Escucharemos de nuevo la melodía de la música
y veremos crecer flores en todos los balcones.

Cuando los niños vuelvan a la calle
y acaricien con sus risas el asfalto,
pintarán del color de la alegría
tanto mal recuerdo, tanto llanto.
Su inocencia nos hará soñar de nuevo,
y sabremos, por sus ojos, por su risa,
que solo eso al fin es lo importante:
reír, buscar, jugar... de vez en cuando.

Si brilla nuevo el sol, si nace el día,
saldremos a encontrarnos con el otro.
Ya no habrá vencedores ni vencidos;
no habrá por fin ya más desconocidos,
estos y aquellos, malos y buenos.
Solo hermanos, juntos,
brindando por estar en el camino.

Cuando se acabe el miedo
y amanezca,
y vuelva a ser de nuevo primavera...
sabremos que el antídoto a la muerte
es ser la humanidad que Dios espera.

ÍNDICE

Una crisis que desafía la esperanza	7
Nos topamos con el Misterio <i>Manuel María Bru Alonso</i>	13
La crisis del papel higiénico (manual de supervivencia) <i>Cristina López Schlichting</i>	19
El testimonio contagia <i>José Lorenzo López</i>	23
Mirad las aves del cielo <i>María Ángeles Fernández Muñoz</i>	29
El virus de cerca <i>Antonio Pelayo</i>	33
Vidas que llenan de esperanza <i>Marta Santín Palacios</i>	37
Un caldito y una patata <i>Rodrigo Pinedo Texidor</i>	43
Unas onzas de chocolate <i>Javier Fariñas Martín</i>	49
Llenar el alma de esperanza <i>Irene Pozo Hernández</i>	55

El primer gracias de Diego	
<i>Jesús Bastante Liébana</i>	59
Chocolate espeso	
<i>Miriam Diez Bosch</i>	65
Salvador	
<i>José Beltrán Aragoneses</i>	69
Ben-Hur y la Pietà	
<i>José María Brunet Morales</i>	73
Mi ángel de la guarda	
<i>Rafael Ortega Benito</i>	79
Milagros	
<i>Cristina Sánchez Aguilar</i>	83
Pensares, quereres, sentires en tiempos de cuarentena	
<i>Federico Fernández de Buján</i>	89
Y estalló el bien	
<i>Fco. Javier Valiente Moreno, SDB</i>	95
... Y resulta que ya éramos felices	
<i>Auxi Rueda Vega</i>	101
Y la vida sonrió en sus ojos verdes	
<i>Carlos González García</i>	107
La lección de Yoda	
<i>Inma Álvarez Mira</i>	113
Esperanza es nombre de mujer	
<i>Faustino Catalina Salvador</i>	117

Dios es...	
<i>Silvia Rozas Barrero, FI</i>	121
Por difícil que sea, tiene un sentido	
<i>Javier Rubio Mercado</i>	127
Quizá no haya otra oportunidad	
<i>Sandra Várez González</i>	131
Mi amigo el del SAMUR	
<i>Ricardo Benjumea Vega</i>	135
Fede o la esperanza peleada	
<i>José Manuel Vidal</i>	141
De balcón a balcón	
<i>Laura Ana Ramírez Sánchez</i>	149
Orar sin caer en la amargura	
<i>Juan Vicente Boo</i>	155
El ejemplo de los que nos dan testimonio	
<i>Pedro Blasco Solana</i>	159
Los niños ya no tienen miedo	
<i>Sara de la Torre Hernández</i>	163
Miradas de un hospital en tiempos de pandemia	
<i>Esteban Pittaro</i>	167
El día que volvamos a abrazarnos	
<i>Ana M^a Medina Heredia</i>	173

Manuel
Cristina López •
M^a Ángeles Fernández •
Marta Santín • Rodrigo Pinedo • Javier Fariñas •
Irene Pozo • Jesús Bastante • Miriam Diez • José
Beltrán • José M^a Brunet • Rafael Ortega • Cristina
Sánchez • Federico Fernández • Fco. Javier Valiente
• Auxi Rueda • Carlos González • Inma Álvarez •
Faustino Catalina • Silvia Rozas • Javier Rubio •
Sandra Várez • Ricardo Benjumea • José Manuel
Vidal • Laura Ramírez • Juan Vicente • Pedro
Blasco • Sara de la Torre • Esteban
Pittaro • Ana María Medina
• Fernando Prado •
Vero Navarro •
Ruth
•

“

Creo que para no perdernos necesitamos respirar la verdad de las buenas historias: historias que construyan, no que destruyan; historias que ayuden a reencontrar las raíces y la fuerza para avanzar juntos. En medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura; que cuente que somos parte de un tejido vivo; que revele el entretejido de los hilos con los que estamos unidos unos con otros”.

Papa Francisco



 **PUBLICACIONES
CLARETIANAS**

CON LA COLABORACIÓN DE:

FUNDACIÓN

CRÓNICA! BLANCA
JÓVENES COMUNICADORES

ISBN: 978-84-7966-716-0

9 788479 667160